AINA CASTILLO



Adolescente EN EL BOSQUE

SUMISA VIRGEN SECUESTRADA Y ESCLAVIZADA
POR EL AMO DOMINANTE



ADOLESCENTE EN EL BOSQUE

Sumisa Virgen Secuestrada y Esclavizada por el Amo Dominante



Por Aina Castillo

© Aina Castillo 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

Dedicado a Carol y Amy

Haz click aquí

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

I

-Te amaré por siempre, por siempre.

-Lo sé. Y yo también a ti. No lo dudes nunca.

Miraba la pantalla de su computadora en medio de la habitación a oscuras. Alrededor de ella, estaba los restos de una cena improvisada, no quería perderse nada de lo que estaba viendo. Tomó entonces el envase de ramen a medio comer y terminó lo último que quedaba allí. Pasó la comida con un poco de gaseosa fría porque le gustaba así, fría.

Los protagonistas terminaron por darse un beso y lentamente la imaginen hizo un fundido a negro. Después, los créditos que empezaron a aparecer en la pantalla y aquellos ojos verdes que miraban todo, estaba llorosos.

-Pues, qué tonta he sido, eh.

Estiró una de las mangas de su suéter, se secó las lágrimas empapaban sus largas pestañas y se levantó de la silla para estirarse un poco. Caminó un poco por la habitación y miró la hora en la pantalla de la computadora. Eran las 9 de la noche de un sábado en la noche.

Podía escuchar desde su habitación, la algarabía que había en la calle. Se asomó y se fijó en la gente que caminaba por allí y de algún que otro vendedor ambulante o artista que se preparaba para recitar algún poema o tocar un instrumento. Poco a poco el lugar estaba llenándose de vida.

Aina suspiró porque se imaginó a sí misma caminando por ese mismo suelo de piedras, tomada de la mano con el príncipe azul. Uno que ya había imaginado bastante pero que no había podido conocer. Se preguntaba constantemente cómo sería estar con alguien que estuviera dispuesto a darle su compañía, su calor.

Se alejó de la ventana y miró el clóset para ver qué se pondría para más tarde. Marta, una de sus mejores amigas, le había invitado a caminar por allí y quizás comer en McDonald’s. Nada del otro mundo, pero al menos así matarían el aburrimiento.

Miró la pantalla de la computadora y recordó que le faltaba ver sólo un capítulo de su programa favorito. Era quedarse en casa como una ostra o

salir un para cambiar un poco la rutina. Minutos después, se decidió por lo último.

Encendió la luz de la habitación y buscó el espejo de la cómoda que no estaba muy lejos. La superficie estaba repleta de perfumes, maquillaje y fotos con las amigas. Se miró de repente, y comenzó a acariciar su cabello con suavidad. En pocos días cumpliría los 18 años.

-Pronto seré una mujer.

Buscó un cepillo para desenredar los pocos nudos de las puntas. Cuando empezó que el cabello largo y espeso, cobró brillo. Se levantó y comenzó a prepararse.

Como era verano, tomó un par de jeans, un croptop de mangas largas y unos Adidas Stan Smith que su padre recién le había comprado por haber aprobado las materias de ese año y porque había sido escogida para ingresar a una de las mejores universidades del país.

Tomó una bufanda ligera porque pensó que su madre la regañaría por andar mostrando mucha piel. Se la colocó alrededor del cuello y salió con una sonrisa. Después de unas palabras de advertencia y de fijar una hora prudente de llegada, Aina se fue para encontrarse con sus amigas.

Miró el móvil para recordar en dónde se encontrarían. Sería en una plaza no muy lejos de allí. Mientras caminaba, Aina pensaba en lo que quería hacer en su cumpleaños. Deseaba hacer algo diferente, más allá de la reunión típica en casa a cantar cumpleaños y comer torta al sonido de alguna canción vieja. Eran 18 años, ni más, ni menos.

Desde la distancia pudo divisar a sus dos amigas y a Marta, quien la saludó con la mano. Se apresuró para acercarse y pronto las saludó con efusividad.

-¿Tienes hambre? –Preguntó una.

-Un poco, sí. Sólo comí un ramen en la tarde.

-Mejor llenemos nuestras barrigas de más basura en McDonald’s. Además, tengo algo que contaros. –Respondió Marta.

Todas asintieron y comenzaron a caminar hacia una de las calles que estaban cerca de la plaza en donde estaban. De inmediato, la mente de

Aina inició una serie de lucubraciones sobre lo que Marta tendría para contarles.

Lo cierto era que ella era la persona más aventurera que había conocido en su corta vida. Era resuelta, valiente y muy sensual. De todas, era la que mejor se relacionaba con los hombres. Incluso, hacía recientemente confesó que había perdido la virginidad con un vecino cuarentón. Estaba orgullosa de decir sin pelos en la lengua que le gustaba el sexo.

Para Aina las cosas no eran tan sencillas. Por supuesto, eso no quería decir que ella no pensara en eso, todo lo contrario. El sexo representaba uno de los tantos misterios que no sabía cómo enfrentar.

En las clases de Educación para la Salud, mientras todos jugaban con papelitos o bromeaban, Aina agudizaba los oídos para escuchar y retener la mayor cantidad posible de información para no estar desubicada al respecto. Sin embargo, no era fácil sobre todo cuando tienes que socializar con chicos con las hormonas alborotadas.

Ahora se complicaba el asunto porque la universidad era otro asunto. El colegio le daba oportunidad para refugiarse en la inocencia del uniforme y la ingenuidad de la edad, sin embargo, a pocos días para cumplir 18 años, Aina sabía que también estaba a punto de enfrentarse a un ambiente muy diferente.

Aunque estaba embebida en sus pensamientos, de inmediato tuvo que espabilarse porque casi se golpea con la puerta de vidrio del restaurante.

-Venga, tía. Que si no te cuidas, te quedará un ojo morao'.

Las demás rieron y Aina se sonrojó de la pena.

A pesar de que era una hora en la que cualquier persona pensaría que la gente no comería en un sitio como ese, el panorama resultó todo lo contrario. Estaba repleto y apenas una de ellas pudo encontrar sitio para las cuatro.

Aina se quedó con Marta para pedir la comida y así el resto fue a esperar a que ellas dos regresaran. De inmediato, Marta tomó a Aina del brazo y acercó la boca al oído de ella.

-Encontré un nuevo pasatiempo y sé que vas a flipar con lo que te cuente.

-¿De qué va?

Miró hacia los lados como si lo que estaba a punto de decir podría herir susceptibilidades.

-BDSM. –Respondió casi en forma de susurro.

-¿Qué es eso?

-Venga, tía. ¿Cómo no vas a saber? Eso es lo que está de moda y de lo que todo el mundo habla.

Aina sintió un poco de vergüenza por su desconocimiento.

-Vale, vale, tampoco es para que te pongas así. De hecho por eso quería veros, sobre todo a ti. Porque pensé que podría llamarte la atención.

-¿Por qué?

-Porque las tías tranquilas siempre tienen un lado oscuro.

-Bah, qué cosas dices, Marta.

-Es verdad, eh.

Recogieron un par de bandejas y las llevaron hacia una de las mesas. Por suerte, quedaban lo suficientemente alejadas de la gente como para hablar largo y tendido. Varias raciones de patatas fritas, hamburguesas y helados de mantecado con sirope de chocolate, esperaban por ser devorados.

Internamente, Aina no estaba muy entusiasmada con la comida, más bien estaba atenta ante lo que Marta tendría que decir. Mientras esperaba, el suspenso la hacía sentir de malhumor. Quería enterarse de los pormenores pero su amiga sólo se dedicaba a comer patatas y a mezclarlas con el helado.

Después de un rato, Marta aclaró la garganta y procedió a hacer una introducción pomposa típica de su personalidad llamativa:

-Tías, estoy a punto de decirles algo que sé que les cambiará la vida. Dejarán de ser las tías buenas y angelicales y por fin saldrán de ese limbo de niñerías para convertirse finalmente en las mujeres que realmente son. ¿Saben de qué se trata?

-Venga, habla ya.

-Vale, vale. Bien, ¿recuerdan que les hablé del chico majísimo de la universidad que está a pocos kilómetros de aquí? Pues, un día salimos,

comimos y tomamos en un lugar carísimo. Obviamente sabía que nos iríamos a acostar porque ningún hombre se toma la molestia de hacer tal esfuerzo por un besito. El hecho es que vamos a su casa, que es un piso de estudiantes, y me ofrece más vino. El chico se puso nervioso y le insistí en que me dijera qué le pasaba. “Soy Dominante”, dijo y me quedé impresionada porque recuerdo haber leído al respecto pero hacía mucho tiempo. La cosa es que después de confesar, se sienta junto a mí y me explica todo, TODO.

-¿Qué cosas? –Se aventuró en preguntar Aina.

-Bien, básicamente que los dominantes les gusta controlar. Aunque hay de muchos tipos. Unos prefieran causar dolor, otros humillar, el resto disciplinar. Eso depende de cada quien, pero en general es eso.

-¿Controlar? –Siguió Aina.

-Espera que ya te cuento. Todo esto es en la cama, señoritas. Un Dominante tomará tus gustos y los de él y los unirá para que no pares de gemir en la noche. El tío, después de vomitar todo, se acercó a mí y nos besamos apasionadamente. Después, me llevó a su habitación y me ató con unas cuerdas ya preparadas. Para hacerles el cuento corto, amigas, él me dio latigazos y me dijo cualquier cantidad de palabras sucias. Esas mismas que ustedes pueden apreciar en esas pornos aburridas que tanto ven.

-¿Qué más te hizo? –Preguntó una mientras ingería una cucharada generosa de helado.

-Me roció un poco de cera de vela caliente en la espalda. De hecho, ahora me molesta un poco pero es un dolor que es agradable. –Hizo un guiño.

-¿Te gustó?

-Mucho, es genial. Es increíble sentir que eres capaz de entregar todo lo tuyo a alguien. Claro, tiene que haber confianza para que la dinámica funcione porque de lo contrario es una pérdida de tiempo. Pero eso sí, niñas, deben hablar con claridad para que no hayan malos entendidos. ¡Ah! Y lo mejor de todo es que, si sientes que no puedes más o que es demasiado, puedes parar y en efecto así será.

-Vaya, suena interesante.

-Ay, no, me parece que eso sólo mola para los pervertidos. O sea, para gente como tú.

Todas comenzaron a reír menos Aina quien permaneció pensativa ante esas palabras. Era como si alguien le hubiera despertado la curiosidad al respecto y que tenía el deber de saber más, mucho más.

Después de comer y de bromear un rato, decidieron que volverían a la plaza para ver si algo interesante pasaba por allí. Aina se quedó atrás con Marta para hablar más sobre el tema.

-¿Qué te ha parecido todo lo que te he contado?

-Me da un poco de miedo, la verdad.

-Venga, amiga, no puedes ser siempre así. Eres una tía guapísima y te estás perdiendo de toda la diversión. Deja de ser tan monja.

Aina se enojó cuando le dijo eso.

-Ese comentario es estúpido, Marta. No todos somos tan aventureros como tú.

-Vale, vale. Quizás me pasé un poco de la raya pero sabes que tengo razón. ¿Te gustaría probarlo? ¿Qué dices?

-No lo sé, puede ser. Te digo después.

Aunque no era la respuesta que ella inmediatamente quería escuchar, sabía que sus palabras había causado el efecto que quería. O al menos así lo creía.

Después de aquella conversación, se sentaron cerca de una fuente apagada y esperaron a que una de esas bandas que siempre tocan mal, se acomodara para una rápida presentación para los pocos espectadores que estaban allí. Mientras todas parecían divertirse y bromear, Aina se quedó pensativa, más pensativa que nunca.

Se despidieron y Marta le hizo un gesto para que ella le escribiera. Se giró y comenzó a caminar rápido a casa no porque su madre le había exigido que llegase a una hora, sino porque ansiaba saber más de lo que habían hablado de esa noche.

Abrió la puerta con cuidado, pasó la cerradura y caminó lentamente para no tropezar con los muebles. Siguió así hasta que llegó a su habitación.

Encendió la luz y se encontró con un silencio que le pareció agradable. Dentro de todo, disfrutaba de la soledad.

Dejó la bufanda a un lado olvidado sobre la cama, y se ocupó de encender la computadora. Era la primera vez en mucho tiempo en que se sentaba sólo con el objetivo de relajarse y no estudiar en altas horas de la noche.

Esperó a que este encendiera y luego de unos minutos, hizo clic en el buscador. Se quedó un rato tratando de recordar las siglas que le había dicho su amiga. El objetivo era investigar al respecto tanto como pudiera.

“BDSM”.

Clic otra vez.

Unos cortos segundos bastaron para Aina se encontrara con una larga lista de páginas. Por supuesto, se topó con Wikipedia en los primeros lugares y, como tenía la intención de saber lo elemental al momento, entró en la página.

Un largo documento se desplegó sobre su vista. Buscó sus lentes para leer mejor y procedió a pasear sus ojos sobre las oraciones que se mostraban ante ella. Cada párrafo que pasaba, le producía una mezcla de sensaciones.

Al principio se sintió extrañada pero después experimentó una especie de calor que le nació en el cuerpo. Una especie de ansiedad por querer descubrir en entregarse por completo a una persona quien, además, tendría el poder de decidir sobre ella.

Se apartó un poco y pensó que debía indagar un poco más, así que dejó la página de Wikipedia atrás porque ya había cumplido su función informativa. Ahora tocaba ver la parte, digamos, más práctica de todo el asunto.

Buscó la página de pornografía más popular y respiró profundo e introdujo las siglas en el buscador. Hizo clic y de inmediato se le presentaron una serie de videos de todo tipo. No obstante, se dedicó a buscar a aquello con lo que se sintió identificada en el texto que acaba de leer.

Pensaba en amarres y azotes mientras ojeaba los videos. No encontró nada que le llamara la atención hasta que por fin pareció toparse con lo que deseaba. Era un video de unos tres minutos, por lo que le pareció más que suficiente.

Presionó el botón de *play* y el video se cargó en pocos minutos. En cuestión de segundos, la producción empezó ambientada en un lugar oscuro y misterioso. Poco a poco, el encuadre se concentró en una chica que desnuda y con las extensiones atadas, haciendo que su cuerpo luciera más vulnerable que nunca.

Ella pareció ansiosa y nerviosa. Sus emociones parecieron intensificarse cuando un hombre alto y vestido de negro se acercó a ella con un látigo entre sus dedos. Comenzó a balancear el objeto al mismo tiempo que las tiras de cuero negro se movían en el aire.

Después de hacerlo, se dedicó a acariciarla con el látigo, pasándoselo por varias partes de su cuerpo con delicadeza, con cuidado. La chica cerró los ojos y sonrió ante los estímulos que recibió de ese hombre. Era como si encontrara en una especie de trance.

De repente, en un momento inesperado, el hombre alzó el brazo y le dio el primer latigazo en las nalgas. Esperó unos cortos segundos y volvió a hacer el mismo gesto pero sobre la espalda. Lo que vino después de allí, fue una serie incontrolable de latigazos que le hicieron gemir y gritar sin parar.

Esa piel blanca, delicada y de aspecto suave, se tornó roja y las marcas comenzaron a ganar terreno en su cuerpo. Incluso Aina pudo ser cómo unas cuantas le comenzaron a brotar un poco de sangre.

Por un momento no pudo evitar sentirse preocupada pero luego comprendió la dinámica de la relación que mostraba el video. Aquel tipo de dominación, de control, de poder, así como el dolor que le inducía su Dominante, formaba parte de la relación que tenían.

La mujer no paraba de gemir ni sonreír. Todo lo que recibía de él era producto de un consenso tácito. Así pues, Aina se concentró más en ver las reacciones de los dos, en estudiar aún más la profundidad de la relación que tenían y que se mostraba.

Por otro lado, era probable que sólo fuera un parapeto, un acto de algún teatro con el fin de alimentar la ansiedad y la desesperación de sexo extremo de los más adeptos.

Dejó de lado ese pensamiento porque sabía que no se estaba concentrando en el verdadero objetivo. Siguió mirando, siguió envuelta en esas

imágenes, en el sonido que le reventaban los tímpanos y que hacía que se retorciera en la silla.

Siguió mirando y escuchando cuando pasó lo inevitable. Su coño comenzó a humedecerse a una velocidad extraordinaria. De inmediato, Aina se sintió un poco asustada y no porque no hubiera experimentado aquello antes sino porque quería decir que eso era algo que realmente le gustaba.

En un punto del video, el hombre vestido de negro dejó el látigo en el suelo y caminó hacia la mujer atada con una paciencia increíble. Ella todavía jadeaba y trataba de recuperar el aliento cuando el hombre bajó el cierre del pantalón y sacó su pene.

Era una verga grande, gruesa y parecía firme como una roca. Sus manos comenzaron a acariciar el cuerpo de ella con lentitud hasta que las posó sobre la cintura. Enterró los dedos en la piel con la intención de sostenerse lo más que pudiera. Minutos después, se colocó tras ella y procuró acomodarse para follar a la mujer desde atrás.

La penetró con las mínimas consideraciones. Se adentró con una fuerza tal, que ella se sostuvo de los amarres con intensidad, como si estuviera a punto de desvanecerse. El hombre, por su parte, comenzó a hacer un movimiento constante y sensual en la pelvis para que su miembro pudiera entrar y salir sin problemas de ella.

El rostro de él se acercó hasta el cuello de ella y una de las manos que estaban ubicadas en la cintura, la colocó sobre el cuello, tomándolo con fuerza. Ese hombre no jugaba a medias tintas, era todo o nada.

La mujer se veía más indefensa aún pero todas maneras resultaba una imagen increíble para Aina. El sudor del cuerpo, la boca entreabierta que dejaba libre los gemidos, las manos gruesas del tío que la agarraban como si fuera su objeto. Esa mezcla de cosas, le produjeron a Aina que se mojara más todavía.

Ella bajó la mano hacia su entrepierna y encontró su coño que ya estaba caliente, húmedo. El botón de su clítoris lo rozó suavemente para sentir de inmediato cómo le hizo vibrar en cuestión de segundos. Era muy fácil dejarse llevar. Muy fácil.

Los gemidos de la mujer que estaban tan intensos que eso le producían más ansiedad de tocarse con rapidez, con desesperación. Al cabo de un

rato, ella cerró los ojos e introdujo unos cuantos dedos en ella. Fue como si despegara al espacio y se perdiera en el medio de la inmensidad.

Dejó la silla del escritorio y fue hacia la cama para acostarse tranquila. Desplegó su cuerpo en toda esa superficie suave y volvió a concentrarse en lo que estaba experimentando mientras veía el video. Incluso comenzó a fantasear.

El hombre alto y blanco de la porno, de porte poderoso e intimidante era quien la tocaba tal y como aparecía en el video. Sus manos grandes se encargaban de acariciarla y tomarla con fuerza y determinación. Era esa ansiedad lo que ayudaba a darle rienda suelta a la necesidad de consumir los deseos que acaba de descubrir.

Él la tomaba por el cuello mientras tenía las manos atadas. Ella lo miraba suplicante pero él estaba absorto en lo suyo e ignorante de la desesperación que le hacía sentir sólo con tomarla de esa manera tan fuerte y ruda.

Sus ojos se cerraron aún más y su boca se entreabrió para dejar libre unos cuantos gemidos debido a esa masturbación.

Aunque era todavía virgen, Aina sabía darse placer a sí misma. Sí, tenía un aspecto dulce e inocente, pero por dentro de una persona con una dualidad interesante. Era una persona intensa, fogosa y curiosa de probar cosas que desafiaran sus propios límites.

Guardó ese rasgo de su personalidad muy dentro de sí sobre todo por celo, por ganas de tener aquello sólo para sí y para la persona que estuviera con ella. Además, estaba segura que, de proponérselo, iría mucho más lejos de sus capacidades.

Siguió tocándose y hasta escuchando las palabras humillantes de ese Dominante imaginario:

-Zorra.

-Ramera.

-Eres una cualquiera.

-Perra.

-Mereces todo es y más.

-No importa cuánto lo supliques. No servirá de nada.

-Me encanta hacerte sufrir.

Las palabras pronunciadas por aquella voz grave y profunda, también le provocaban más y más. La estremecían y de inmediato se dio cuenta de ello cuando sentía sus dedos mojándose notablemente. Mordía sus labios y pensaba que esa fantasía era la más perfecta de todas.

Después comenzó a azotarla y fue como experimentar el dolor de la misma mujer. Era como ella también podía entender esa mezcla perfecta entre el placer y el dolor.

El hombre la dominaba por completo hasta que soltó los amarres y se concentró en hacerla suya sobre una cama. Él le abrió las piernas y se encargó de follarla con fuerza, sin miramientos y con la intención de dejarle claro que sin importar los gemidos que hiciera, él insistiría tanto como le diera la gana.

Así pues que sus dedos se encargaron de tocarla, de penetrarla hasta que por fin una especie de bola de fuego, de electricidad que recorría cada parte de su cuerpo, se encargó de recorrer cada centímetro de su piel, de sus órganos y hasta de su pelo. Todo quedó embebido por el placer de ese tacto constante hasta que por fin una penumbra cubrió por completo sus ojos y se perdió en esa oscuridad. Quedó cubierta por el cálido manto del orgasmo.

Sus manos perdieron fuerza y se dejó vencer en definitiva sobre la cama. A pesar de que estaba todavía en el trance del placer, su pecho jadeaba violentamente. Con el paso de los minutos, pudo recobrar el aliento poco a poco y, finalmente abrir los ojos.

No había un cuarto oscuro, ni un hombre alto y poderoso, no estaba desnuda ni amarrada. Toda la fantasía había quedado a un lado para arrojarle la realidad que estaba frente así. El techo blanco, las paredes con algunas fotos que había tomado, la mesa de la computadora, la ropa tirada en el suelo. La vida normal, común y corriente.

Se paró suavemente de la cama y miró hacia al frente como si hubiera descubierto algo importante. Estaba lista para explorar esa oscuridad que acababa de descubrir. Le diría a Marta sobre su resolución y quizás la ayudaría al respecto. Por lo pronto, una ducha no caería mal.

II

Después de esa noche tan intensa, Aina se dedicó a investigar más sobre el tema, para descartar si se trataba de un mero impulso hormonal o si más bien era algo que la ayudaría a tener la certeza de que iba por buen camino.

Unos cuantos blogs y testimonios le ayudaron a conocer más al respecto. Supo que aquello no era para todo el mundo, por lo que necesitaba de una gran preparación mental. Es más difícil de lo se cree.

Por otro lado, la curiosidad pareció no ir marcha atrás. Al mismo tiempo que leía sobre testimonios, también se dedicaba a mirar videos. Con sexo y sin sexo. Incluso encontró un usuario que sólo se dedicaba a azotar a las personas que lo contactaban. Podía hacer más sólo si le pegaban un extra.

Esta persona se describía a sí misma como un Dominante y Sádico que encontraba placer haciendo daño, tanto como le permitieran hacer. Lo más curioso, es que compartía su identidad con la de un contador que trabajaba en una firma importante en la ciudad. Tenía la tranquilidad y estabilidad del mundo vainilla; y la intensidad del BDSM.

Al principio ella pensó que ambas cosas eran imposibles de ser compatibles. Sin embargo, mientras más leía, más se daba cuenta de un sinfín de personas con estilo de vidas tan diferentes pero que al mismo tiempo practicaban esas actividades que de seguro escandalizarían a cualquier persona.

Al cabo de un par de días, quedó convencida de que era algo que realmente quería tener. Era algo que quería experimentar con urgencia. Fue allí cuando pensó de inmediato en su amiga, Marta. En la resuelta, la segura, la que sabía los más íntimos secretos del sexo y el amor.

Tomó el móvil y comenzó a teclear. Le pidió encontrarse en un lugar sobre “algo muy importante”. Dejó el aparato en la cama con el miedo de lo que ella dijera, hasta que escuchó un pequeño pitido.

-Seguro que sí. En la plaza, ¿sabes? Donde siempre.

-Vale.

De inmediato comenzó a prepararse para ir a ver a Marta. Tenía muchas ganas de preguntarle de todo y que le diera consejos. Deseaba, además, que no le diera un sermón o se burlara de ella.

-Seguramente lo harás porque tienes esa cara de tía buena. Ni modo, ¿no?

Ella respiró profundo, salió de la habitación y le avisó a su madre que encontraría con su mejor amiga y que volvería en un rato. Después de los consejos habituales, Aina fue a la calle sintiéndose más nerviosa que nunca. Aunque no sabía muy bien por qué.

Caminó por las calles empedradas de la ciudad y pudo ver cómo poco a poco se dibujaba en el horizonte el obelisco de la plaza principal. Cada vez que lo veía, estaba segura que era una referencia tonta de esa ciudad.

Al caminar un poco más, notó el cabello denso, espeso y rizado de Marta a la distancia. Ella alzó la mano para saludarla y para indicarle que estaba allí, esperándola. Aina apretó el paso y se acercó a su amiga quien la vio con esa misma expresión de chica sobrada.

-Hola, tía. A ver, cuéntame. Todo el suspenso me tiene ansiosa, eh.

-Es que… No sé cómo expresarlo de la mejor manera.

-Mejor vayamos a un café que está por aquí y así vas pensando en las palabras correctas, Srta. Elocuencia.

Aina pensó que no era mala idea así que las dos se dispusieron a caminar hacia el lugar. Ella, mientras, estaba armando la mejor combinación de oraciones para que lo que estaba a punto de decir, no sonara descabellado.

Al llegar, tomaron una mesa y se sentaron a las afueras del café con la intención de pedir unas gaseosas y pastas.

-Para que veas que lo mío no es sólo beber. Y ahora, ¿qué es eso de lo que querías hablarme?

Aina respiró profundo y mandó todo al diablo. Lo más seguro era que por más que lo intentara, nada sonaría con lógica, así que sólo diría lo las cosas con la mayor sinceridad posible.

-¿Recuerdas lo que me dijiste sobre el BDSM?

Marta asintió al mismo tiempo que se comía un bollo con dulce de leche.

-Bien, estuve leyendo por allí y la verdad es que me llama mucho la atención.

Su amiga abrió tanto los ojos que Aina pensó que sufriría de algún tipo de colapso. Pestañeó varias veces como esperando que de verdad sus oídos dieran crédito de lo que acababa de escuchar.

-Es en serio. De hecho, vi unos cuantos videos y creo que se me quedó el gusanillo para saber más sobre el asunto. Quiero… Pues…

-¿Vivirlo? ¿Experimentarlo? AY, AMIGA. DE VERDAD PENSÉ QUE ESTARÍAS MUERTA POR DENTRO O ALGO ASÍ.

Los gritos hicieron voltear a unos cuantos clientes. Aina se sintió sumamente apenada por lo que trató de disimular todo con una sonrisa incómoda.

-Venga, Marta. Tampoco lo tienes por qué publicar así.

-Vale, vale. Es que sólo me parece sorprendente eso, que lo digas. Una chica como tú, tan buena estudiante y ahora que sale con esas cosas. Me encanta.

Por supuesto, Aina esperó ese tipo de reacción.

-¿Entonces? ¿Qué es lo que quieres hacer en definitiva?

-Como te dije, explorarlo. Aunque me gustó mucho una idea –Se acercó lentamente hacia Marta- Me llamó mucho la atención eso de ser tomada y llevada a que el Dominante haga lo que quiera. Por Dios, me escucho y me da pena todo esto.

-Ah, olvídalo. Todos somos seres humanos y tenemos la necesidad de explorar cosas nuevas. Deja de sentirte así.

-Bueno…

-Y vaya, parece una fantasía interesante. –Respondió con una sonrisa.

-Podría decirse, pero claro, sé que me falta mucho porque no conozco a nadie que podría… Pues, tú sabes.

De inmediato, la mente de Marta comenzó a trabajar velozmente. Era como se le abrieran las posibilidades y más aún cuando el cumpleaños de su amiga estaba tan cerca.

-No te preocupes, en lo que menos te lo esperes, la oportunidad surgirá. Por otro lado, ¿qué piensas hacer en tu cumpleaños? Es el fin de semana, eh.

-No tengo idea, no me hace mucha ilusión.

-Ay, Aina. Son 18 años, 18 AÑOS. Es una perfecta ocasión para hacer algo divertido y dejar de lado es actitud de niña monja.

-No digas eso, por favor. Es incómodo.

-Vale, entonces, ¿qué se te antoja?

-No quiero hacer nada en casa, tampoco la idea de una disco me parece interesante. Me aburren esos lugares y lo sabes.

-Pues, que no se diga más, ¿qué tal si vamos al bosque? Hay un mirador muy bonito y que creo que será estupendo para tomar algo y divertirnos un rato.

-No suena mala idea.

-Pero claro que no lo es.

Después de comer más pastas y gaseosas, Marta se levantó para pagar la cuenta luego de insistir un largo rato. Se despidieron y mientras salía de café, Marta tomó el móvil para escribirle a alguien. Ya tenía pensado el regalo perfecto para su amiga pero era algo que debía ser en extremo secreto.

Había llegado el viernes y el sol de la ventana de la habitación de Aina, dejó entrar unos cuantos rayos que le hicieron despertarse de inmediato. Miró de nuevo ese techo y pensó que ese día estaba cumpliendo 18 años.

-Vaya…

Se levantó poco a poco y tuvo el presentimiento de que las cosas serían interesantes, como si su vida estuviera a punto de suceder algo importante. Lo cierto es que fue hacia la ducha, y salió para verse en el espejo de la cómoda.

Miró los ojos verdes, el largo cabello castaño, la nariz recta y un poco puntiaguda. La piel blanca y tersa gracias al uso constante de la crema humectante y de protector solar. Se veía un poco más adulta y, por ende, se sentía algo asustada.

Suspiró y comenzó a vestirse. Pasaría el día con sus padres, comería con ellos y después se reuniría con sus amigas en una parte de la plaza para ir al bosque. Aunque tenía la sensación de que no era la idea más brillante.

Durante el resto del día, Aina se sintió más querida y consentida que nunca. Le dieron regalos (ropa en realidad), y dulces y pasteles. Como buena amante de lo dulce, estaba en el cielo.

Se sintió un poco más ansiosa a medida que se acercaba la noche. Así que después de varias fotos con la familia y de unos cuantos agradecimientos, Aina se dispuso a caminar para ir a la plaza, esta vez, como una adulta según la ley.

Iba caminando y no pudo evitar sentirse orgullosa de sí misma. Era como si hubiera alcanzado un logro en sí mismo. Quizás era más bien la emoción de que por fin había cruzado ese umbral que divide la gente adulta de los niños.

Al cabo de un rato, sus tres amigas, apenas la vieron, corrieron hacia ella para darle un abrazo.

-¡MUCHAS FELICIDADES!

Marta, apartó a las otras dos para abordar más a Aina.

-Ea, ea… Démosle un poco de espacio a la segunda adulta del grupo, eh.

-Vaya, chicas. Muchas gracias. –Dijo ella con una sonrisa en el rostro.

-¿Cómo la has pasado, tía?

-Pues, genial. He comido demasiado y bueno, ya saben, la familia, las fotos. Ya había querido venir para saber qué tienen preparado para mí.

Marta hizo una amplia sonrisa dejando entre ver que ciertamente había preparado algo, sobre todo ella.

-Eso es correcto, así que vamos que la noche apenas comienza.

Las cuatro caminaron por la pequeña ciudad entre risas y carcajadas. Cada tanto, Marta se quedaba atrás para revisar el móvil y teclear casi a escondidas. Aina se percató de aquel comportamiento pero pensó que no era demasiado importante, así que siguió disfrutando de la noche.

A medida que seguían, abandonaban los límites de la ciudad hasta que llegaron a uno de los bosques que estaban cerca. El presentimiento de Aina pareció afianzarse aún más pero no le quiso prestar demasiado la atención para no parecer un aguafiestas y menos en su cumpleaños.

Fueron adentrándose entre los árboles y las cuatro de impresionaron del silencio y de la paz que estaban sintiendo. El ruido de los coches y de la gente hablando, de repente quedaron renegados, como si alguien hubiera puesto *mute*.

Las estrellas parecían brillar más que nunca, las copas de los árboles se veían resplandecientes y la luna lucía hermosa. Después de andar un rato, se decidieron por un pequeño montículo que ya parecía preparado.

-Las chicas te trajimos esto.

Había un mantel de cuadros en el cual descansaba un pequeño pastel y unas cuantas copas.

-Ni creas que te salvarás. Tenemos que celebrar tus 18 por todo lo alto, eh.

En seguida mostró una botella de lo que parecía vino espumante que no tardó demasiado en destapar. Marta se dispuso a servir y las cuatro se sentaron para brindar.

-Espero que disfrutes mucho tu día y que la pases fenomenal… Que sea un día inolvidable.

Aina le parecieron extrañas esas palabras porque le pareció que escondían algo. Sin embargo, ella se sólo sonrió y alzó la copa para chocarla con las de sus amigas. El líquido espumante y dulce, entró a su boca y garganta causándole cosquillas. En seguida se sirvió más.

Mientras reían unas y otras contando anécdotas de todo tipo, escucharon a lo lejos unos pasos que parecían acercarse. De pronto se quedaron calladas y esperaron un rato. Finalmente, la sombra de un hombre alto, muy alto, de contextura fuerte y de piel morena se descubrió ante ellas.

El hombre estaba vestido con un uniforme marrón claro y tenía el logo de un parque cercano. Se tranquilizaron y se dispusieron a verlo mejor. Más allá de lo que pudieron observar. Tenía el cabello negro, espeso y tupido. Los ojos del mismo color y grandes, por lo cual se veía más atemorizante de por sí.

Tenía la nariz recta y los labios un poco gruesos, los pómulos un poco prominentes y el mentón cuadrado. Asimismo, tenía las manos gruesas y fuertes. Daba ese aspecto que cualquier golpe que atestara sería contundente.

Todas parecían impresionadas por él, pero sobre todo Aina. De hecho, pareció sentir que verlo fue recibir una especie de golpe seco en el estómago. Estaba sin aire, impresionada e impactada.

Tragó fuerte cuando sintió que los ojos de ese desconocido la miraron de arriba y abajo. Sin decir palabra, como si estuviera a punto de atravesarla con la mirada.

-Buenas noches.

-Buenas noches, señor.

La voz le pareció similar al del hombre Dominante que había visto días atrás. Retumbó con más fuerza dentro de sí, como si hiciera un fuerte eco.

-Está prohibido el consumo de bebidas alcohólicas, muchachas.

-Sólo por esta vez, señor. –Dijo Marta. Es más, es el cumpleaños de mi amiga aquí. Se llama Aina y creo que merece que nosotras celebremos a lo grande. ¿Qué le parece? Prometo, prometemos que nos portaremos bien y que no haremos demasiado ruido.

Aina se quedó impresionada con la velocidad de respuesta de Marta. Sin duda, ella no servía para esas cosas.

-Vale, entonces ya veo que se trata de una ocasión especial. Mi nombre es Jack, quedo a la orden por si necesitan algo.

-Seguro. Muchas gracias.

-Gracias… -Dijo levemente Aina quien apenas pudo salir de su ensimismamiento. Ese hombre le hizo temblar hasta lo último.

Volvió a alejarse con el mismo sigilo de antes, dejando a las cuatro en un profundo silencio. Después de perderlo de vista, volvieron a respirar tranquilamente.

-Vaya, ¿qué tío es ese? Es impresionante.

-Es Jack, el guardabosques.

-Ah, ese famoso Jack.

-¿De qué hablan? –Dijo Aina después de salir del trance.

-¿No sabes quién es? Bien, no me extraña. –Dijo Marta con tono antipático. Pues, verás, en la ciudad se dice cualquier cosa sobre el bosque. Que hay monstruos de todo tipo: hombres lobo, vampiros y hasta una tía que sale en la noche para asustar a los campistas. Lo cierto es que no hay nadie peor, nadie que se equipare a él.

-¿Por qué?

-Dile tú, Marta.

-Continúo… Jack es el tío más misterioso que hay. Hay gente que dice que secuestra niños y se los come, otros que sale desnudo en las noches de luna llena y que aúlla con toda su fuerza. Aunque, claro, es una tontería… Pero sí, muchas historias giran en torno a él porque nadie sabe de dónde vino, ni cómo llegó. Sólo que se presentó y ya. Además, tampoco habla con la gente, sólo lo esencial. Por un lado, los hombres le temen, como habrán visto, es alto y fuerte, dicen que concentra la fuerza de mil osos. –Todas carcajearon- Venga, ni yo lo pongo en duda. Sólo basta para verle esa musculatura, eh. A ver, como decía, ajá, así piensas los hombres, pero las mujeres son otra cosa. Muchas han querido estar con él y otras sí han podido aunque guardan muy bien el secreto. Se dice que es todo un semental.

-Vaya, tía. Debe ser toda una suerte estar con un hombre así.

Aina volvió a dirigir una mirada hacia ese camino oscuro de dónde salió él, quizás con el deseo de conocerlo más y mejor. Pero había algo que no podía esconder, ese miedo, esa ansiedad que hacía que sus piernas temblaran.

-¿Cómo llegó a ser guardabosques? –Preguntó finalmente.

-Bien, no se sabe con exactitud. De verdad que ese hombre es un misterio. La versión con más sentido afirma que él ya vivía aquí con su padre y que este era quien se encargaba de la seguridad del lugar. El señor murió por el ataque de un puma que había escapado del zoológico y fue allí cuando Jack quedó como el encargado. En ese entonces, era un hombre adulto así

que no dudaron ni un segundo en confiarle el trabajo. Es un tío serio y responsable, dentro de todo.

-Me llama la atención el aura que tiene, creo que nunca había visto a nadie así.

-Nadie, querida, nadie. Por eso la gente se queda así como nosotras. Como unas cuantas tontas que no sabe hablar cuando cotorreamos de lo lindo. Pero bueno, pasado el susto y ya con el permiso del sexy guardabosques, ya podemos dedicarnos a beber con tranquilidad.

-Deberíamos tener un poco de cuidado, Marta. Esa advertencia me heló la sangre.

-No seas aburrida, tía. –Respondió Marta. –Es tu cumpleaños y hay que celebrarlo por todo lo alto. No todos los días se cumplen 18.

Ella le acercó una copa repleta y ante las miradas y la presión del resto de sus amigas, Aina tomó la copa y dio un largo sorbo. Al final, se dio cuenta que ella tenía razón. Era su cumpleaños y que tenía que divertirse tanto como fuera posible.

Lo que pareció al principio como una celebración cualquiera, se tornó muy diferente después. Las chicas bebieron más de la cuenta y al cabo de unos minutos ya estaban ebrias. Todas parecían estar en el mismo estado salvo Marta. Aina pensó que se debía a que era una persona con más resistencia que los demás así que no valía la pena cavilar al respecto.

Por otro lado, para Aina resultó ser toda una experiencia. Estaba mareada y no podía modular las palabras. Pero el alcohol había producido ese efecto de euforia en la sangre. Ante cualquier comentario sólo reía a carcajadas.

En el máximo de las sensaciones, decidieron jugar a las escondidas. Sin el miedo ni la prudencia del estado de sobriedad, no había nada que temer estando como estaban. Así que la idea les pareció brillante y las cuatro se repartieron en la oscuridad de los árboles.

Aina corrió tanto hasta esconderse detrás de un enorme árbol. Contuvo las carcajadas y miró hacia el cielo para quedarse hipnotizada por el brillo del cielo de esa noche. La verdad era que no podía pedir más. Era una persona feliz. Se sentía realmente feliz.

Marta, por su parte, se ubicó cerca de un árbol y se sentó para comenzar a escribir.

“Ya nos acabamos de separar. Ella debe estar no muy lejos de la casa porque la vi tomando esa dirección. Está todo listo. Te mando una captura de pantalla para que veas que te hice el pago. Recuerda, que todo sea inolvidable”.

Envió el mensaje y esperó uno segundos. Luego sintió vibrar el aparato. Miró la pantalla, de inmediato sonrió al ver la respuesta.

-Recibido. Que el show comience.

Marta se quedó un rato allí borrando todos los mensajes y luego se paró para buscar el resto de sus amigas. Ahora quedaba la parte en la que tendría que actuar Jack.

Aina se quedó en completo silencio tras unos largos minutos. Lo cierto es que perdió la noción del tiempo y, aparte, el mareo tampoco le dejaba concentrarse lo suficiente para saber el lugar en donde se encontraba.

Se levantó del suelo luego de darse cuenta que nadie estaba jugando a las escondidas y que posiblemente la habían dejado allí como una broma pesada.

-HEY CHICAS, CHICAS, ¿EN DÓNDE ESTÁIS? CHICAS, ESTÁ BUENO, EH. YA ENTENDÍ LA BROMA. VENGA. CHICAS.

Los gritos de Aina se quedaron ahogados en el silencio y la oscuridad. Sin embargo, de repente, que alguien la levantaba con sorprendente fuerza, como si no pesara nada.

-SUÉLTEME, SUELTEME. NO, NO, NOOOOOOO.

El hombre que la cargaba la introdujo aún más en el bosque para llevársela consigo. Ahora era cuando comenzaba realmente la aventura de Aina.

III

Los grandes pasos de ese hombre terminaron por extinguir los gritos de Aina. Ella pataleó y golpeó pero se dio cuenta que todo esfuerzo sería inútil por encontrarse con un cuerpo grande y macizo. Cuando por fin se cansó de luchar, la idea de que nunca vería a sus padres ni a sus amigas, le resultó desolador.

Así que trató de consolarse, de encontrar una respuesta a todo aquello pero por más que lo intentara no podía, trató de fijar la mirada en un lugar que le resultara familiar y que le diera consuelo.

Por más que lo hacía, sólo miró oscuridad. Al final, se decantó por mirar hacia el cielo y se encontró con el brillo de las estrellas. El cielo parecía un manto resplandeciente y cuando sintió que estaba mejor, se desmayó.

Jack sintió que la tensión había desaparecido y se encontró aliviado porque, de seguir llorando y gritando, se vería en la necesidad de drogarla para durmiera unas cuantas horas. Después se dedicaría a hacer el trabajo por el cual había sido contratado.

Recordó las palabras de Marta cuando ella habló con él en las puertas de la cabaña.

-Cumplirá 18, así que no te preocupes.

-¿Tienes todo listo?

-Sí, francamente pensé que sería una tía aburrida siempre pero creo que con este agarra escarmiento y se despertará por primera vez.

-¿No crees que sea un poco extremo?

-¿Estás aquí para cuestionar mis métodos o para aceptar el trato? Son 500 pavos fáciles para ti. ¿Qué dices?

Jack se quedó pensando sobre la oferta. Aunque no tenía una urgencia monetaria, pensó que no le caería nada esa cantidad y menos por ser el Dominante que era. Lo pensó un poco más hasta que por fin se decidió.

-Vale.

-Bien, insistiré a que vengamos para aquí y allí entrarás tú con ese porte de macho para que ella quede impresionada contigo.

-Deja de bromear. ¿Cómo se llama?

-Aina. De todas maneras diré su nombre y la señalaré para que sepas de quién se trata. No será muy difícil.

-Vale.

Después de follar durante de unos minutos, discutieron los últimos detalles y pactaron el trato en donde Aina sería la víctima de un secuestro con el único fin de convertirla en mujer. Se despidieron y así quedó todo.

En el transcurso de los días, Marta enviaba actualizaciones de la situación con el fin de que él se mantuviera informado de lo que estaba pasando. Incluso recibió una foto de ella y se quedó impresionado por la belleza de ella. Ese rostro angelical y dulce. Tenía una expresión tan liviana y tan diferente a la que tenía Marta.

Después de unos metros, logró divisar la puerta de la cabaña. Miró para los lados y se aseguró de que nadie estuviera allí. Abrió la puerta y la introdujo con cuidado.

A pesar de ser pequeña, era bastante cómoda. Había dos habitaciones, una pequeña sala unida a la cocina, una chimenea y un baño. Todo estaba organizado para la comodidad de quien estuviera allí. La estructura fuerte, también sirvió para ser un lugar en donde se reservaba el calor sobre todo en ese momento en donde estaba cambiando hacia un clima más frío.

Jack la dejó en una segunda habitación la cual ya estaba preparada para recibirla. La cama era pequeña pero lucía cómoda. La dejó allí, no sin antes atarle las muñecas y los tobillos. No le puso mordaza sobre todo porque quería saber en qué momento se despertaría, aunque sospechaba que sería pronto.

Paseó por la habitación y observó que todo estaba en orden: no había objetos cortantes, las ventanas estaba cerradas herméticamente y, cuando cerró la puerta tras sí, pasó la llave. Todo lo tenía calculado.

Después, fue hacia la cocina a prepararse algo de tomar. También aprovecharía hacerse algo de cena porque había pasado el día sin probar

bocado. El trabajo era increíblemente absorbente, por más tranquilo que se viera.

Hizo un sándwich de roast beef y se sirvió un vaso con un poco de whiskey. Tomó el plato y el vaso y caminó hacia la sala. Miró por unos segundos el exterior y se percató que la noche estaba espléndida.

Sonrió y se sentó en silencio para comer y beber. Estaba tranquilo, como si nada lo perturbara… Y eso era lo que más le gustaba.

Lo cierto es que nadie sabía mucho de él y estaba consciente que su presencia causaba ciertas incomodidades porque su figura, intimidante y silenciosa, provocaba la preocupación de la gente. No obstante, prefería eso porque era amante de la tranquilidad. Por eso, entre otras razones, vivía en el bosque.

Su madre murió cuando era pequeño, así que su padre y él se fueron de su pueblo natal para encontrar mejores oportunidades. Dieron a parar a esa pequeña ciudad porque escucharon el rumor de que abrirían un parque pronto y que de seguro necesitarían personal. Aunque el padre de Jack no tenía experiencia, estaba dispuesto a intentarlo.

Gracias a su aspecto confiable y apacible, su padre quedó asignado como guardabosques, y él sería una especie de ayudante. Jack asistió a la escuela y secundaria, pasando sin pena ni gloria. Sería el chico más silencioso y misterioso del lugar.

Aun así, era popular entre las chicas. Ellas deseaban estar con él y de vez en cuando se permitía la compañía de ellas sólo cuando sus hormonas se lo pedían. Fue allí cuando corrió el rumor de que estaba muy bien dotado y que, además, también tenía ciertas preferencias fuera de lo común.

De resto, evitaba estar en contacto con la gente. No por miedo, sino por mera decisión. A veces pensaba que la gente actuaba por pura hipocresía y no quería saber de ello. Prefería estar en la soledad del bosque, respirando aire puro y disfrutando de la naturaleza.

Un día, se encontraba cortando leña cuando una chica alta y rubia le pidió ayuda para llegar al pueblo. Ella le indicó que tenía un mapa pero que no le sirvió de ayuda. Jack, en el momento en que la vio, se quedó impresionado, como si hubiera sido golpeado por un rayo.

Ella era hermosa y, además, lo trataba como si fuera como cualquier persona. No tenía miedo de él, sino todo lo contrario. A pesar que no era muy diestro con las relaciones sociales, él se mostró servicial con ella y hasta incluso la invitó a salir.

Quedaron en verse en un bar del centro de la ciudad. Mientras caminaba por las calles, casi podía escuchar los cuchicheos molestos de la gente a sus espaldas. A ese punto, él era retratado casi como un ogro. Hizo un enorme esfuerzo por continuar y cuando tuvo la tentación de echarse para atrás, la encontró entre la gente. La misma sonrisa amable, la misma belleza aplastante.

Se sentaron juntos y en seguida comenzaron a hablar. La gente los miraba impresionados. Era como ver la Bella y la Bestia.

La noche transcurrió animada hasta que ella lo miró en silencio y se atrevió a darle un beso. Ese primer contacto le hizo sentir una especie de electricidad en el cuerpo. Sí, antes ya había estado con mujeres pero ella tenía algo especial.

Lo cierto es que se fueron de allí cuando se dieron cuenta que tenían la necesidad de expresar el deseo de conjugar sus cuerpos. Fueron al hotel en donde ella se estaba quedando, y Jack en seguida la sostuvo con fuerza para sí. En ese momento, sabía que no podía dejar salir su ser Dominante con una extraña y menos ella que tanto le gustaba.

La acercó hacia sí y comenzó a besarla con dulzura y luego con fuerza, poco a poco, sin embargo, salió a relucir ese rasgo de él por lo que le quitó la ropa en un dos por tres. La dejó sobre la cama para verla desnuda. Blanca, suave y con los pechos grandes, los pezones rosados, las piernas largas. Era una ninfa, una diosa.

Él también se quitó la ropa y escuchó un suspiro de ella al ver su pene. Efectivamente era grande y largo, así que él sólo sonrió con cierta timidez. No aguantó más y fue hacia ella. Le hizo abrir las piernas y poco a poco introdujo su verga dentro de ella. En seguida sintió los dedos de esa mujer hermosa clavándose sobre la piel para dejarle marcas.

Jadearon, sudaron y se quisieron durante toda la noche. Jack le tomó por el cabello, probó sus carnes rosadas, lamió y probó el sabor dulce de su

humedad. Le hizo gritar y gemir, le tomó por el cuello y lo tomó con fuerza. La miró suplicar por más.

Después de explotar varias veces, los dos se quedaron sobre la cama como si fueran los amantes perfectos. Ella descansaba a su lado y él le acariciaba el cabello. Estaba tan feliz que no podía creer lo que estaba sucediendo.

Pasaron los días y ambos paseaban tomados de la mano y mirándose como un par de cómplices. Jack se sentía mejor que nunca, era estar en un sueño… Sin embargo, sabía que todo aquello se debía terminar en cualquier momento.

Ella le dijo que tenía que regresar a su casa porque dentro de poco se casaría. Esas vacaciones que se tomó, lo hizo para pasar tiempo a solas pero que no se esperó que las cosas se volvieran así. Jack, aunque sabía que algo así sucedería, sintió una especie de patada en el estómago, por lo que se quedó en silencio mientras la vio partir.

Era la primera vez en su vida en donde sintió que todo saldría bien pero resultó ser lo opuesto. Ese desengaño, aunque común, le hizo encerrarse en sí mismo y en renegar de las relaciones. Ya no tenía interés en ello.

Su padre lo miraba preocupado al darse cuenta que cada vez más tomaba más tareas en el trabajo. Jack estaba recargándose para no tener que lidiar con su corazón roto. No obstante, los años volvieron el cuerpo del padre de Jack más débil. Hasta que un día se desmayó y a llevarlo al hospital, le dijeron que había sufrido un derrame.

Los días se volvieron iguales en el hospital. Estaba junto a él día y noche. Sin decir palabra. En completo silencio. Finalmente, un día amaneció muerto y fue allí cuando se sintió más solo que nunca. Su único amigo, su única familia lo había dejado.

Por suerte, el parque organizó el sepelio y allí Jack pudo ver a los amigos y conocidos de su padre. Hubo gente que de verdad se mostró afectada y eso a él le dio cierto alivio porque quería decir que fue una persona querida.

Desde ese día, él quedó asignado como guardabosques principal y como cuidador general del parque. Aunque no era muy sociable, en efecto era

muy profesional y dedicado a su trabajo. Sus empleadores estaban tranquilos con él.

Sin embargo, después de años de servicio, Jack sabía que lo que acaba de hacer podía ser la estocada final para su carrera. Aunque este hecho pudiera ser angustiante para cualquiera, no lo era para él. La verdad, es que ya todo le daba igual. Quizás el aceptar los 500 pavos fue más un acto de rebeldía que por otra cosa, era el deseo de querer hacer algo diferente, sin pensarlo mucho, sin analizar las consecuencias. Había pasado gran parte de su vida contenido y esto sirvió como una válvula de escape.

Dejó de comer y se bebió lo último del whiskey. El frío comenzó a arreciar y echó unos cuantos leños para encender la chimenea. Ese ritual lo conocía tan bien que no fue necesario más de unos minutos para encender el fuego.

Poco a poco, la cabaña se volvió tibia y agradable. Cuando se encontró conforme, caminó hacia la otra habitación y abrió la puerta con cuidado. Aina todavía estaba dormida. Quiso cerrar la puerta pero se quedó embelesado viéndola. Era tan bella y delicada.

Dentro de sí comenzó a manifestarse el deseo de cuidarla, de protegerla y también de romperle la ropa y hacerla suya infinidad de veces. Cuando pensó que no podría más, cerró la puerta y se alejó. Se quedaría entonces cerca del fuego, a la espera de que su víctima despertara… Y aquello sería pronto.

IV

Aina despertó lentamente. Cuando lo hizo, descubrió que sus muñecas le dolían y se dio cuenta que estaba atada. El pánico no le hizo reaccionar de inmediato. Así que siguió mirando. Sus tobillos también estaban atados.

Comenzó a mirar con detalle el lugar en donde se encontraba. Parecía una especie de cabaña. Cerca de la cama, estaba una ventana. Aunque dejaba entrar los rayos del sol y la claridad del día, se le hizo evidente que estaba cerrada con cuidado. Era imposible salir por allí.

Desconsolada, comenzó a llorar. Los jadeos y sollozos fueron suficientes para que ella dejara salir toda la angustia que quedó pendiente del día de ayer. Pensó en sus padres, en lo preocupados que estarían ellos, en la vida que se le quedó suspendida por estar allí.

Cuando pensó que no podría más, observó que se abrió la puerta y que el borde de lo que parecía una bandeja estaba asomándose. De inmediato se arrulló sobre una de las esquinas de la pequeña cama y trató de taparse.

Jack dejó la bandeja con el desayuno sobre una mesa. Se quedó de pie, esperando a que ella lo mirara. Sin embargo, el cuerpo tembloroso de Aina estaba encerrado en sí mismo, que sospechó que pasaría tiempo para que ella se aventurara al verlo.

Así pues que tomó una silla que tenía cerca, la colocó junto al borde la cama y se sentó en completa calma. Cruzó las piernas y apoyó la espalda. Se quedó allí, de nuevo, con esa expresión neutra.

Aina pensó que estaba a salvo cuando no escuchó nada más. Supuso que su captor la había dejado sola y que, por lo tanto, no había moros en la costa. Poco a poco se desenrolló pero se encontró de frente con ese rostro severo, duro e implacable.

Se le hizo familiar, muy familiar. Y así, en cuestión de segundos, comprendió que era el mismo hombre que había visto en la fogata la noche anterior. Las llamaradas rojas, el resplandor del fuego, sirvieron para enmarcar la mirada de ese hombre que parecía tan intensa como en ese momento.

-Deberías comer algo. Han pasado ya varias horas. Te puede hacer mal.

Le dijo casi sin pestañear. Su voz, grave y fuerte, le hizo casi estremecer. Le hizo duda por un momento que estaba en una situación que no cabía en su comprensión.

-Venga, que se enfría.

Tomó la bandeja y se la acercó lentamente. Sobre ella, había un plato blanco con huevos revueltos y un par de rodajas de pan tostado. Junto a aquello, una pequeña taza de café con leche y un vaso de jugo de naranja.

Extrañamente, para Aina, todo se veía bastante bien y apetecible. De hecho, lo último que había pensado era en comer y cuando vio todo aquello, sintió que las tripas le sonaban violentamente.

Sin embargo, no quería apresurarse, quizás era una trampa, quizás era una forma de hacerle daño. Fue entonces cuando miró el plato y luego a él, entreabrió la boca con la intención de hacerle una pregunta. Hizo todo el esfuerzo para ello, pero era como si su mente y sus cuerdas vocales hubieran perdido la conexión.

Jack la miró con cierto aire de fastidio porque no quería insistir más sobre la comida. Tomó un respiro y la miró un poco más.

-A ver, ya tendrás oportunidad de preguntar, ¿vale? Por lo pronto, come. Quizás así tienes las energías necesarias para interrogarme después.

Ella lo escuchó como si estuviera hipnotizada. Asintió ligeramente y fue allí cuando Jack se acercó a ella con cuidado. A pesar de la proximidad, Aina no se asustó, más bien como si estuviera por un momento así.

Internamente estaba comenzando a enfrentarse a una situación particular. Aquel hombre la había raptado pero también él tenía algo que le movía el piso, que la descolocaba.

Cuando estuvo cerca de él pudo ver mejor sus rasgos. El mentón cuadrado, la nariz y los grandes ojos negros. Las pestañas largas y espesas, el cabello que parecía un manto oscuro salvo por el ligero resplandor de unas cuantas canas. El brillo de su piel, el olor de la piel. Era viril, masculino.

Además, también sintió la firmeza de sus manos sobre ella. Los dedos gruesos y largos de sus manos, desataban ágilmente las cuerdas de las

muñecas. Estaba tranquilo, como si se tratara de cualquier otra cosa, como si fuera de lo más natural.

Hizo lo mismo con los tobillos y, cuando terminó, le dirigió una mirada repentina y severa. Se estudiaron con calma, como si estuvieran en un duelo. Ella trató de mantenerse firme pero una especie de debilidad tomaba el control de su cuerpo y mente. Él tenía algo, algo que no podía explicar.

Jack hizo una pequeña sonrisa y luego habló:

-Has de prometerme que te portarás bien y que no intentarás nada… Escapar no será una buena idea, sobre todo porque este bosque es engañoso. Así que, comerás todo y serás una buena niña, ¿cierto?

Aina se quedó mirándolo sintiendo confusión porque tenía una mezcla de rabia y también de algo que no podía definir inmediatamente.

-Vale. –Sólo alcanzó a decir.

-Perfecto. Te dejaré sola para que puedas comer con tranquilidad. Sé que puede ser algo molesto que te estén vigilando. Vendré en un rato.

Aina lo miró levantarse con suavidad, dejar la silla a un lado de la mesa y darse la vuelta. Antes de cerrar la puerta, le dirigió una última mirada y una sonrisa fría.

Ella por fin estaba libre, bueno, de alguna manera. Después de unos segundos, tras asegurarse que no entraría de nuevo, tomó la bandeja con ambas manos. Comenzó a comer de inmediato y fue casi sentir que se le regresaba el alma al cuerpo.

Mientras bebía el café con prisa, pensó que quizás tendría consigo su móvil. Estaba aferrada a esa fantasía que pensó que se le presentaba una luz al final del túnel. Terminó de comer y beber cuando se dispuso a buscar entre sus ropas. Nada, no había nada.

Pensó que todo se había derrumbado pero no podía dejarse vencer tan fácilmente. Tenía que pensar en otras alternativas. Pensó que gritar, pensó en lanzarle la bandeja y distraerlo para ir hacia la puerta, pensó en dejarse morir. Se le presentó una serie de alternativas y todas tenían sentido para ella.

Quiso ponerse a llorar cuando sintió que la perilla de la puerta comenzó a girar lentamente. Era él que buscaba de nuevo los restos del desayuno.

-¿Qué tal estuvo?

Aina no pudo responder porque tenía el deseo de dejarse vencer por el llanto. Tragó fuerte y apenas pudo modular las palabras:

-No me haga daño, por favor.

Jack presintió que llegaría el momento así que volvió a tomar la silla y se acercó a ella. Adoptó de nuevo esa postura seria, tranquila. Cruzó las piernas y la miró a los ojos. Tomó un poco de aire antes de empezar a hablar.

-No, no te haré nada malo. No me interesa y no lo quiero. Sin embargo, no podrás salir de aquí bajo ningún concepto, a menos que yo lo diga. ¿Estamos?

-Pero… ¿Por qué?

-Quizás en un futuro sepas la razón, no lo sé. Por lo pronto, no vale la pena esa información. Digamos que es irrelevante… Sin embargo…

Se acercó a ella con rapidez. Tanto, que su rostro quedó junto al de ella, muy junto. Aina comenzó a sentirse acalorada y echó para atrás sólo unos segundos después. Jack presintió que iba por buen camino, así que continuó.

-… No tienes por qué preocuparte. De verdad. Yo te protegeré. ¿Vale?

Aina no entendía lo que estaba pasando. Jack no le produjo una mala sensación, sino todo lo contrario. En otra ocasión, se hubiera asustado y hubiera hecho lo posible por preservar su vida.

Pero ahí estaba él, con esa expresión tranquila, suave, calma. Los ojos negros, profundos y misteriosos, le hicieron sentir que tenía que dar un paso al frente y conocerlo un poco más. Era un riesgo que valdría la pena intentar.

-Vale.

-Bien, entonces me llevaré esto. Si sigues así de niña tranquila, puede que te haga salir. Pero ya sabes, no te pases de lista. No funcionará.

Terminó la frase como una sentencia y se fue para volverla a dejar sola. Aina estaba confundida pero, por otro lado, dispuesta a seguir su instinto. Quizás sí se trataba de la mayor aventura de su vida.

Se acostó en la cama y pudo estirarse lo suficiente como para estar cómoda. El techo, las paredes y el suelo eran de madera. Todo se veía lustrado y en buenas condiciones. No era un lugar abandonado sino más bien que había sido habitado por mucho tiempo.

Se levantó de repente con la intención de ver qué había en el exterior. A pesar del frío, se percató que el día estaba espléndido. El sol brillaba y el cielo estaba despejado. Había olvidado que estaba cambiando el clima y que en cualquier momento sería otoño. Se abrazó y se quedó un rato así. No sabía bien qué hacer.

Con el paso de los días, Aina comprendió que lo mejor que podía hacer por sí misma, era tratar de dejarse llevar por la corriente. Aunque le resultara trabajoso.

Después de la primera charla que tuvieron, sólo intercambiaban un par de saludos. Jack sabía que tenía que avanzar en el propósito pero sabía que sólo tenía que ser paciente. Tenía que hacerla sentir que no habría problema con él para que se sintiera cómoda.

Por supuesto, no era sencillo, sobre todo porque estaban en una situación bastante extraordinaria. Así que para darle un poco de cotidianeidad, se acercó a la puerta de la habitación de ella.

-Oye, ¿quieres salir un rato?

La expresión de sorpresa de Aina casi le hizo exclamar una carcajada.

-Te conté que no te haría nada malo, eh. Creo que te servirá para que te distraigas un rato. ¿Qué dices?

Aina no estaba muy segura de la propuesta pero pensó que al menos quiso creer que no sería tan mala idea. Necesitaba salir de ese cuadro que la estaba a punto de volverla loca.

-Vale.

-En el clóset detrás de la cama, hay unos suéteres. Hace un poco de frío.

Asintió. Buscó sus zapatos y abrió el clóset como él le indicó. Tomó lo primero que vio, un suéter de punto gris y fue tras él. En cuanto abrió la puerta, los rayos de sol le dieron en los ojos. Tuvo que llevarse las manos para taparse un poco.

Le pareció extraño que sus piernas se sintieran extrañas, que el sonido de la naturaleza le perturbara un poco. Había pasado tiempo encerrada cuanto estaba acostumbrada a salir cuando quisiera.

Cuando estuvo a punto de sentirse mal, Jack giró para verla. Al hacerlo, la luz quedó detrás de su cuerpo haciendo ver como si fuera una figura casi celestial. Era guapísimo, mucho.

-Ven, quiero que veas algo que creo que te gustará.

Le extendió la mano con gesto alegre y ella la tomó. De inmediato sintió el apretón y experimentó la fuerza de sus dedos sobre su pequeña mano. Le jaló suavemente y comenzó a caminar por el césped.

Ciertamente era un paisaje imponente y hermoso. En cada paso, tenía una mejor visión de las montañas y del río que estaba a pocos kilómetros de la pequeña ciudad. Como el día estaba tan brillante, la superficie del agua se veía como si estuviera miles de cristales.

De repente, Jack la interrumpió de sus pensamientos.

-Mira esto… Pero ten cuidado, el suelo es un poco flojo aquí.

Descendieron unos cuantos metros y quedaron un poco más cerca del agua. Las aves revoloteando, el viento que hacía sonar las hojas de los árboles, la brisa fría. Era como si alguien le acariciara el rostro.

-Puedes sentarte aquí.

Cuando lo hizo, fue como si le regresa al cuerpo una sensación de paz. Algo que realmente extrañaba.

-Este lugar es hermoso.

-Sí que lo es. Vengo aquí cada vez que necesito pensar o quiero relajarme un poco.

-¿Por qué no lo haces en la ciudad?

Jack suspiró.

-No me gusta mucho el bullicio. Me aturde. –Miró hacia el frente como para perderse en el horizonte.

Aina tuvo la sensación de que era un hombre nostálgico porque notó cierta tristeza en él.

-¿Por eso no vives en la ciudad?

-Sí. De verdad que no es lo mío. Ya lo hice una vez y la verdad es no pude. Soy un tío de la naturaleza, supongo.

Ella asintió sin ánimos de incomodarlo más con sus preguntas. Se acomodó mejor en el trozo de tronco y permanecieron juntos por un rato.

Jack se sintió un poco más tranquilo. Se sorprendió al encontrarse incómodo de hablar sobre ese tema. Por otro lado, miró de reojo a Aina y la miró tranquila, contemplando todo ese gran escenario.

Así pues, que se acercó un poco más hacia ella para saber si su cercanía le incomodaba. Se arrimó unos cuantos centímetros y ella se quedó tranquila. No la percibió con miedo. Si las cosas seguían así, probablemente en la noche haría la próxima jugada.

-Mejor entramos, el frío está apretando un poco y no nos queremos enfermar, ¿cierto?

-Vale… Y gracias. Me hacía falta un poco de sol.

Él tomó con sinceridad el comentario y fueron juntos hacia la cabaña. Después de entrar, observó lo que haría Aina después. La miró tomar el rumbo hacia la habitación. Cuando sintió el impulso de ir y cerrar la puerta, pensó que sería mejor dejarla abierta.

Aina esperó el encierro pero no pasó así. La puerta estaba abierta de par en par. Se quedó entonces sentada en la cama. Miró pasar a Jack y dirigirse a otro lugar. Por un momento, le sedujo la idea de levantarse rápido, abrir la puerta y correr con todas sus fuerzas.

Pensó en gritar y pedir auxilio, en dejar atrás ese mundo extraño que cada vez le hacía sentir que debía quedarse allí. Aunque la primera noche para ella fue la peor, era como si empezara a escucharse a sí misma.

-Puedes irte. Puedes irte y regresar a casa.

-¿De verdad quieres eso? ¿De verdad quieres regresar?

-Sí, es lo que quieres, ¿verdad? Ver a tus padres, tener la vida de antes.

-Exacto. Regresar a la vida de antes.

Se quedó pensando en ese monólogo de preguntas y respuestas. Sí, ciertamente su vida era buena. Tenía amigos, su familia, su hogar. Iría a la universidad y estudiaría la carrera de sus sueños. De eso se trataba, ¿no?

El gusanillo de la curiosidad terminó por despertarse en Aina. Todo el tiempo que pasó en la habitación soñando con el príncipe azul, con saber lo que se sentían las mariposas en el estómago, la urgencia de saber lo que la euforia provocada por la aventura.

A pesar que su mente, su parte más racional, ordenó a sus pies que se movieran, estos permanecieron plantados en el suelo como un par de plomos. Lo mismo pasó con sus manos y con el resto del cuerpo. Estaba allí, anclada, incapaz de moverse… Simplemente no quería.

La cabeza la mantuvo fija en el umbral de la puerta hasta que se acomodó mejor en la cama. Decidió que no iría a ninguna parte. A pesar de la locura que representaba todo eso, en la angustia que le produciría a sus padres y el dolor de la separación, Aina se quedó allí. Ya después pensaría las consecuencias.

A pocos metros de allí, estaba Jack en la expectativa. Supuso que ella haría lo posible para escapar pero no fue así. Esperó unos minutos más y no pasó nada. Miró hacia el frente, era momento de preparar el segundo acto.

V

-¿Cómo va todo?

-Un poco lento, pero creo que seguro.

-¿Lento? Eso es extraño viniendo de ti. De verdad.

-Hay cosas que necesitan su tiempo. No todas las personas como tú.

-¿A qué te refieres?

-Sabes a qué me refiero.

-A ver, Jack, hago esto para que ella se termine de espabilar y deje de pensar en pajaritos preñados. Además, no soy la única que está manchada por esto. Tú aceptaste 500 pavos por adelantado para que hagas el trabajito de hacerla mujer. Así que tanto tú como yo, estamos metido en el barro. Por cierto, y antes de que me lo preguntes, he hecho lo posible para despistar la policía, pero si sigues así, creo que las cosas cambiarán.

Jack dejó de responder porque ya se había puesto de malhumor. Martha tenía razón, con un solo aviso, podían llegarse a su casa y acabar con todo. Pero esa también fue su decisión, por más descabellada que fuera.

Conoció a Martha en una de esas pocas noches en las que bajaba a la ciudad para beberse unas cuantas cervezas. Entró a un bar cualquiera y se sentó en la barra. Ordenó una jarra para él solo y, cuando se dispuso a beber, la mirada seductora de una chica le interrumpió el acto.

El cabello espeso y rebelde le llamó la atención y también esa postura sensual a pesar de ser una chiquilla. Sabía que era joven porque lucía más pretenciosa que las demás.

-¿No quieres beber eso con un poco de compañía, guapo?

-¿No estás muy chica para estar en un lugar como este?

-Soy lo suficiente mayor para hacer muchas cosas. Te sorprenderías.

Lo cierto es que ese comentario le pareció gracioso y Jack no le quedó de otra que invitarla a sentarse junto a él. Después de un breve apretón de manos, comenzaron a beber y a reírse.

Había pasado tiempo desde el último encuentro sexual que había tenido con una mujer y, aunque sus intenciones era pasar un rato agradable en soledad, no le molestó mucho la idea de llevarse consigo a esa chica que parecía tan ansiosa de algo más que unos tragos.

Terminaron de tomar y salieron de la ciudad en dirección hacia el bosque. Tomaron por una ruta corta y más fácil de llegar hacia la cabaña. Al estar allí, él aprovechó el ánimo alegre que le dio el alcohol para ir hacia ella y besarla.

Martha estaba ansiosa por hacerlo incluso desde hacía días atrás. Había ido al parque sólo para verlo. Tan alto, tan fuerte y delicioso. Siempre con esa cara inexpresiva, imposible de saber lo que estaba pensando. Esa clase de misterio era lo que tanto le gustaba a ella.

Pensó en abordarlo pero era un hombre difícil, incluso para conversar con él. Por eso, el verlo allí fue una gran oportunidad que no dejaría pasar.

Después de besarse como un par de adolescentes en la puerta de la cabaña, Jack la llevó adentro y no tardó demasiado en quitarle la ropa y penetrarla. Adoró el calor de su cuerpo y de su coño que ya estaba dispuesto a recibirlo.

Los gritos de placer de Martha retumbaron por toda la cabaña. La gran verga de Jack la hizo estremecerse en cada embestida. Por otro lado, eso era para él lo mejor que le podía pasar. Le gustaba la sensación de poder y de lujuria que despertaba en ella.

Después de unos cuantos polvos después, Martha se vistió para irse a su casa porque todavía era una chica de bien. Jack esperaba no verla más sin embargo no pasó así. Sus encuentros se volvieron más frecuentes hasta que ella adoptó a otro amante. Dejaron de verse por un tiempo y él incluso se olvidó de ella.

Un día recibió un mensaje de ella con una propuesta que le pareció absurda aunque atractiva por el dinero. Así fue que concretaron el acuerdo del secuestro.

Dejó el móvil lejos de él porque estaba naciendo el desprecio por ella. Era una chica caprichosa que le gustaba mover las cuerdas para alimentar las ansias de jugar con los demás. No le preocupaba tanto el meterse en

problemas, de alguna manera estaba acostumbrado a eso. Lo que realmente le molestaba era esa manipulación, la intriga.

Justo cuando estuvo indignado, se dibujó la sombra del cuerpo de Aina que salía de la habitación. Jack se sobresaltó y la miró sorprendido.

-¿Qué ha pasado?

-Nada, es que me pareció que todo estaba demasiado en silencio y pensé que te habías ido.

-Oh, no, no. Lo siento. Déjame encender las luces. A veces olvido que este lugar se puede ver tenebroso más de la cuenta.

-¿No te sientes demasiado solo aquí?

-¿Quieres que te sea sincero?

-Por favor.

-Bueno, primero ven y acompáñame a la cocina. Yo tengo hambre y supongo que tú también. –Le sonrió y ella sintió a punto de desmayarse. Parecía un rayo de sol.

Él fue directo a la estufa y ella se sentó en la mesa redonda de madera que estaba en la cocina. Giró la cabeza y miró las ramas de los árboles iluminadas por la luna y las estrellas. De nuevo, el cielo se veía despejado y agradable.

-Es una noche hermosa.

-Sin duda. Siempre es así para esta época… A ver, con respecto a lo que me preguntaste. –Dijo al sacar un par de patatas-, Me gusta estar solo, siempre ha sido así desde que soy chico. De hecho, mi padre pensaba que tenía algún problema pero no. Era como los demás pero quizás con el alma triste.

Aina no supo cómo responder ante semejante respuesta y más, cuando estaba acostumbrada a charlas banales de chicas. Era la primera vez que alguien le decía algo tan fuerte, tan íntimo.

-Pero bien, porque nunca me ha incomodado estar así. La gente siempre piensa que las personas que prefieren la soledad, es porque están mal pero creo que no es así. Tiene que ver más con gustos y con forma de ver la

vida. El estar aquí puedo entender cómo funcionan las cosas y eso no lo aprecia alguien que pasa su vida en un afán.

-Pero en algún punto debes sentir la necesidad de estar con alguien. Al final, somos seres sociables, ¿no?

Jack sonrió ante la respuesta. Era lógico por tratarse de una chica joven tuviera una perspectiva más optimista de la vida. Él, por otro lado, no pensaba así, sufrió varias pérdidas que lo dejaron con pocas ganas de mentirse de que la vida era un paseo rosa.

-Claro, por eso a veces bajo a la ciudad y paseo por allí. Entro a algún bar y charlo con algún desconocido. Sobre todo para recordarme a mí mismo que todavía no he perdido mis habilidades sociales.

En ese momento, el chisporroteo de las patatas, las cebollas y los pimientos rojos en el sartén, interrumpió su monólogo por unos momentos. El olor de la comida la dejó pensativa por lo que aprovechó para preguntarle algo un poco más íntimo.

-Sí, entiendo, pero, ¿y si quieres otro tipo de compañía?

Jack dejó la comida por un momento y la miró intrigado. De inmediato, Aina se sonrojó aunque hizo el esfuerzo por no hacerlo.

-Pues, no quise ofenderte con esto, de verdad… Yo…

-No me ofendiste. Ten…

Sirvió unos vegetales sofritos sobre un par de rebanadas de pan de centeno con jamón y queso. Gracias al calor de los vegetales, el queso comenzó a derretirse y sintió que la boca se le hacía agua.

-Anda, come. Desde aquí oigo tu estómago.

Ella sonrió como una niña y se aventuró hacia el menú. Por si fuera poco, una Coca-Cola brillante y helada se le apreció frente a sus ojos.

Lo cierto es que ese ritual era para darle un poco de tiempo a Jack para responder. El tema sentimental siempre le produjo ansiedad así que se armó de valor para hablar al respecto.

-Ese ya es otro tema y uno un poco complejo. –Quiso detenerse pero hubo algo dentro de sí que lo impulsó a seguir, que le dijo que estaba bien

hacerlo- Digamos que he pasado por momentos un poco complicados que me han hecho encerrarme en mí mismo.

Luego alzó la mirada y se dio cuenta de que ella tenía un poco sucia la boca. Extendió la mano para limpiarla un poco. De inmediato se sintió una tensión muy fuerte entre los dos. Aina sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Jack pensó que estaba muy cerca de caer en la tentación.

-… Y creo que es algo que aún no comprendes y espero que no te pase... Aunque creo que es imposible. Todos pasamos por eso.

Aina tomó la botella para beber un poco del líquido. Los ojos de Jack tenían esa tristeza que efectivamente ella había sospechado.

Lo miró levantarse para servirse la comida y sintió que tenía que hacer algo muy importante y que no podía retrasarlo.

-Espera… Espera un poco más. –Se dijo para sus adentros.

Jack regresó a la mesa y los dos terminaron de comer en una especie de silencio tenso y extraño.

-Bien, creo que me toca a mí recoger.

-Venga, no es necesario.

-Déjame hacerlo. Está la regla importante que dice que la persona que cocina, no lava los platos.

-Vale, está bien.

Aina comenzó a recoger los platos. Su rostro quedó de frente a la ventana. Por unos minutos, se concentró en el exterior pero después observó su reflejo y el de Jack. Él estaba mirándola, embelesado, hipnotizado.

Ella miró la vajilla frente a sí. Hizo un poco de espuma para disimular que realmente estaba concentrada en la tarea. Sin embargo, ese impulso, esa urgencia que tuvo que reprimir, volvió a sentirla para recordarle que tenía que seguir.

Cerró la llave del agua y escuchó el roce de las patas de la silla contra el suelo de madera. Jack estaba levantándose al mismo tiempo que ella se giraba. Al final, los dos quedaron frente a frente. Mirándose. Retándose.

El miedo que sentía Aina era demasiado para soportarlo. O huía o lo canalizaba de otra manera. Así que decidió por lo segundo y caminó hacia él. Jack la miró acercarse como en cámara lenta. No por ello se detuvo, la recibió entre sus brazos y se miraron fijamente hasta que se besaron después.

Los labios de Aina y de Jack se entrelazaron, al principio, con cierta timidez que luego fue desencadenando en una pasión cada vez más evidente. Las manos de él la sostenían con fuerza en aquella cintura y los brazos de ella hacían el esfuerzo por sostenerse a los hombros de él.

Aina tenía los ojos cerrados y fue como ver la realización de una de las fantasías más geniales que había tenido desde hacía tiempo. No pensó que sería de esa manera pero tampoco quería detenerse demasiado en ese asunto.

A pesar de los nervios y la inexperiencia, trató de relajarse lo más que pudo para no permitir que esas emociones tomaran control de ella. Así pues, como si su propia naturaleza tuviera su lenguaje, se dejó ser por completo.

El calor de su cuerpo se volvió más intenso y llegó a experimentarlo con más fulgor en su vientre. Este le palpitaba salvajemente. Era la llamada de su animalidad para él la tomara como quería ser poseída.

Jack parecía todo un semental, a pesar de que también quería devorarla y hacerla suya lo más posible, sabía que ella era virgen y que no podía precipitarse demasiado. Lo notó aún más por el dejo de nerviosismo que tenía en sus gestos.

Entonces, para hacerla sentir tranquila, llevó su boca hacia su oído para hablar con ella suavemente:

-No te preocupes. Relájate.

Ella pareció respirar con más calma. Él decidió seguir:

-Si no quieres… Si no te sientes cómoda, dilo. Me pararé en seguida.

Apenas terminó de decir esas palabras y ella se apartó un momento para verle mejor el rostro.

-Claro que quiero.

Los ojos verdes se veían más encendidos que nunca. Transmitían una intensidad que hizo sentir a Jack más seguro de la decisión de continuar. Volvió a tomarla de la cintura y a apretarla contra sí. De inmediato experimentó el calor de su cuerpo y de su aliento que se juntaba con el de él. Se mezclaban las pieles y los deseos se volvieron más presentes, más tangibles.

Siguiendo el curso natural de las emociones que estaban aflorando en ese momento, Aina se dejó llevar por las caricias de Jack. En cada una de ellas, pudo sentir la fuerza y el control que ejercía sobre ella. Recordó de inmediato el video de los azotes. La actitud Dominante del hombre de negro, era eso que tanto quería experimentar.

Así pues, dejaron de besarse por un rato y Jack aprovechó la ocasión para cargar a Aina y llevarla a la habitación entre sus fuertes y musculosos brazos.

A paso lento, se dirigió hacia la puerta de madera que estaba entreabierta. Empujó suavemente con una de sus manos y Aina pudo ver el interior de ese lugar misterioso. En un punto, supuso que se trataba de una especie de cueva en donde se encerraba, como si fuera un animal salvaje; no obstante, el sitio más bien le hizo sentir lo contrario.

Era un espacio amplio, abierto y bien iluminado. Tenía un par de ventanas que se encontraban en una esquina. La cama, era grande y en lados se encontraba una mesa de noche de madera. De resto, sólo unos pocos muebles más y el baño que estaba cerca de allí.

El corazón de ella comenzó a latir con prisa, con miedo. De nuevo le embargó la ansiedad y quiso saber si las cosas marcharían bien con él. Por un lado, estaba convencida de que así sería, pero por otro, recordó que a pesar de conocer su cuerpo, de conocer lo que le gustaba, al final era virgen.

Jack la dejó suavemente sobre la cama y de inmediato se ubicó sobre ella. Sus manos fueron sobre su cara y sus piernas se entrelazaron con las de ella. Su boca volvió a ubicarse sobre la suya y su lengua buscó la de la chica. Estaba ansioso, desesperado.

Por más esfuerzos que hiciera al respecto, se le hacía difícil controlar la fuerza de aquella bestia que guardaba dentro de sí. A pesar de su exterior

tranquilo y calmo, a pesar de la frecuente expresión neutral de su rostro, Jack era un hombre que guardaba dentro de sí el fuego de la pasión.

Menguó un poco los ánimos al darle besos y mimos a Aina, quería asegurarse de que ella estuviera bien. Al mismo tiempo, comenzó a quitarle la ropa poco a poco hasta que descubrió la belleza de su cuerpo desnudo.

La piel blanca, los pezones rozados y erectos, la cintura pequeña, las piernas largas y torneadas, el cabello largo y castaño, espeso y liso que caía a los lados de su rostro haciéndola ver como una ninfa. Las mejillas las tenía encendidas por el placer o por la pena. No lo sabía muy bien, aun así, estaba más que complacido de encontrarla así.

Él no tenía ni la más mínima idea de que se encontraría con una mujer así. Ella tenía una mezcla de inocencia y lujuria que no podía describir. Como si dentro de ese cuerpo frágil y delicado convivieran a la perfección ambos aspectos tan diferentes.

El pecho de ella estaba agitado así que él lo tomó como el momento ideal para quitarse la ropa también. La tela que cubría su cuerpo le estaba resultando incómoda y quería librarse de ella pronto.

Primero se quitó la franela negra y después se dispuso a desabrocharse el pantalón. Mientras estaba concentrado en lo que hacía, Aina aprovechó para mirarlo. Tenía la espalda y el pecho amplio, los brazos anchos, el abdomen marcado, las piernas igual. La piel morena era casi brillante, ella le llamó la atención lo hermosa que lucía en medio de la luz tenue.

Entre todo lo que vio, Aina finalmente fijó la mirada en su pene. Una verga gruesa, larga e impactante. El glande era de un rosado oscuro y opaco, pero lucía brillante por el líquido preseminal.

Él se dio cuenta de la mirada de sorpresa de ella así que no pudo evitar sonreírle con malicia. Se volvió más ansioso por penetrarla. Tomó su pene con una mano para comenzar a tocárselo un poco, lo suficiente como para animarse aún más con las ganas de hacerla suya.

Apoyó sus piernas sobre la cama otra vez y sintió el miedo de Aina.

-Recuerda, si no quieres esto, sólo tienes que decírmelo.

-Sí... Sí, quiero.

-¿Segura?

-Sí.

La miró unos segundos y se percató que así era. Sintió que no había necesidad de mentir. De todas maneras, se prometió a sí mismo que se aseguraría de que estar atento ante las señales que ella pudiera darle.

Volvió a apoyarse por completo sobre la cama y volvió a besarla, esta vez, con un poco más de lujuria. Quería hacerle entender que la deseaba como nunca. Aina, mientras, cerró los ojos y dejó que sus piernas se abrieran para recibirlo.

Al cabo de unos minutos pudo sentir la presión del glande que estaba adentrándose en ella. Lento, muy lento, Jack estaba en el proceso de hacerla suya. Apoyó entonces sus antebrazos sobre la cama y se preparó aún más.

Dejó que su verga se metiera, dejó que explorara esas carnes que le apretaban y que le ejercían una enorme presión sobre su miembro. Se impresionó aún más con el sentir el calor y la humedad del coño de Aina. Era delicioso. No, mucho más que eso.

De repente sintió algo que se le clavaba en la piel, eran las uñas de ellas que se aferraban a sus brazos. Cuando alzó la vista, miró el rostro de Aina que dibujaba una excitación tal que no podía expresar bien con las palabras. Era algo sumamente poderoso, fuerte, intenso.

De vez en cuando se permitía unos cuantos gemidos pero luego se quedaba callada, sumida en una especie de trance que no podía explicar, sólo sentir.

Tenía la boca entreabierta así que a veces dejaba escapar alguna palabra que era incomprensible. Jack encontró eso sumamente divertido, así que procuró moverse como lo estaba haciendo para que ella siguiera en ese estado.

Empujó más, empujó más adentro y la resistencia de la virginidad de Aina se hizo más presente. La estrechez, a su vez, también le produjo la ansiedad de moverse un poco más fuerte para dejarse abrir paso por completo. Sin embargo, esperó un poco más, se detuvo por unos instantes para que ella encontrara un poco de descanso antes de seguir.

La miró respirar con un poco más de calma, hasta que por fin pudo adentrarse como quería desde un principio. Sólo escuchó un pequeño quejido y luego un gemido muy suave pero que provenía de las entrañas. Fue tan delicioso, tan sublime y exquisito, que volvió a empujar un poco más para escucharla de nuevo.

Finalmente lo había logrado. Sus besos y caricias volvieron a manifestarse para darle a entender que había actuado como una chica valiente. En cada gesto, Jack se aseguraba que la veía y que la consentía. Deseaba de verdad que se sintiera bien y cómoda.

En los momentos en donde fijó la mirada, sintió una especie de extraña electricidad, algo que no pudo comprender de inmediato y que tampoco quería hacerlo. Se acostumbró tanto a sobreanalizar las cosas que había perdido el tiempo en ello y en no disfrutar lo verdaderamente importante.

Así pues que descartó esa extraña sensación y se encargó de volver a lo suyo. Se acomodó mucho mejor y su pelvis comenzó a moverse lentamente hasta que cobró un poco más de confianza. Mientras lo hacía, escuchaba los gemidos suaves y sensuales de Aina.

Las carnes de ella, el calor, la increíble humedad, eran cosas que no podía explicar y que tampoco quería hacerlo. Siguió dentro de ella y era como si los dos compartieran un vínculo mucho más poderoso que el sexo.

Cuando sintió que las cosas estaban bien, que ya ella sentía su pene con delicia y con placer, cuando el dolor quedó atrás, fue allí el momento clave para la situación. Jack se soltó mucho más en cuanto al movimiento y el cuanto al gesto de tomar su cuello con ambas manos. Esa su ser Dominante que estaba emergiendo en ese instante y que ya no encontró sentido seguir reprimiendo.

La estrechez de coño de Aina y la necesidad de someterla tomaron control sobre él. Dejó una de sus manos en el cuello mientras que la otra fue hacia sus muñecas. Las colocó sobre la cabeza y las dejó allí con suma fuerza. Su cuerpo también ejerció una especie de presión sobre el de Aina. Ella era su prisionera.

Siguió moviéndose hasta que se percató que los gemidos de ella se volvieron más intensos y más fuertes. Siguió, continuó haciéndola suya hasta que encontró pertinente un cambio de posición. En ese momento,

llevó sus manos hacia la cintura y la apretó con fuerza mientras seguía dentro de ella.

Con un movimiento rápido, la colocó sobre la cama pero dándole la espalda. Sus rodillas y codos quedaron sobre la superficie suave y así, Jack, pudo ver las prominentes nalgas de Aina, esas mismas que parecían un par de hermosos y suaves duraznos maduros.

Antes de volver a follarla, llevó ambas manos hacia esa parte de su piel. Efectivamente, eran suaves y blancos, como un par de nubes. Al cabo de unos segundos, el impulso de darle nalgadas fue más fuerte que él y le dio una suave aunque quiso hacerlo más fuerte.

Esperó un momento y vio cómo la espalda de ella se arqueó mucho más, así que no lo evitó por más tiempo. Sus manos comenzaron a nalguearla al mismo tiempo.

Los impactos fueron variados: suave, lento o rápido y fuerte. Intercambiaba de intensidad y de ritmos, hacía que ella probara de todo, que sintiera de todo para que estuviera segura de lo que realmente le gustaba. Al parecer, tenía preferencias por los impactos más intensos.

Después de un rato, Jack no lo pudo evitar por más tiempo y se concentró de nuevo en penetrar ese coño delicioso. Apartó ambas nalgas ya rojas y brotadas por las marcas de sus manos y se fijó en el coño caliente y húmedo que tenía delante de él.

Aventuró uno de sus dedos y lo metió para masturbarla un poco. En seguida la escuchó quejarse. Después de uno, introdujo otro y luego otro. Era una niña que sin duda se portaba muy bien, era alguien que estaba entiendo que él era quien mandaba y que las cosas tenían que ser así.

Mientras una de sus manos la masturbaba, Jack sostenía una de sus nalgas en la otra. Apretaba fuerte, como si la vida se le fuera en eso. Al hacerlo, sólo escuchaba los quejidos de ella, los sonidos del placer, las ganas de más aunque no lo expresara por completo, al menos no con palabras.

Al hallarse satisfecho, Jack extrajo los dedos y los chupó lentamente. Era el sabor de la gloria, el sabor de la ambrosía.

Degustado el manjar, se dedicó a acomodarse debidamente detrás de ella. Dejó sus manos sobre las caderas y dejó que su pene se ubicara en la

entrada de su coño. A pesar de las ganas que tenía de metérselo con fuerza, pensó que ella quizás no estaba lista para ello… Al menos no por los momentos.

Lo introdujo de nuevo y sintió como si entrara en una especie de vórtice de placer que era el coño de ella. Le producía una de las sensaciones más fuertes e intensas que jamás había experimentado y era algo que no quería perderse jamás.

Había estado con cualquier tipo de mujeres, de todas las edades y formas. No hubo ninguna que le produjera tanta intensidad como ella. Era extraño y era poderoso. Increíblemente poderoso.

Al terminar de pensar en eso, en las cosas que había experimentado, en las compañías efímeras, fue cuando quiso aumentar la intensidad para unirse más y mejor con ella. Aina sintió que él estaba muy cerca de penetrarle la piel pero le gustaba, le gustaba sentir el dominio que ejercía sobre ella.

Por ello permaneció quieta, sumisa, atenta ante los deseos de él. Permaneció así porque quiso darle a entender que estaba dispuesta a entregarle todo, a darle lo que quisiera para complacerlo. Cada vez más estaba convencida de que estaba en lo correcto.

Ella cerró los ojos y sintió que estaba flotando por la habitación, por los cielos. Su cuerpo estaba mezclándose con las estrellas, con el firmamento. Lo único que la hacía sentirse conectada a la realidad, era las grandes manos de él que persistían en tomarla, en tenerla consigo.

Mientras estaba así, más segura estaba que quería más. Aferró sus manos a las sábanas blancas y se concentró en sólo sentir. Cada embestida que le daba Jack, era una afirmación de que ella era de él. Jack la tomó para descubrirla, para explorarla y ella lo quiso incluso desde el momento en que lo vio. No podía esperar para convertirse en su esclava.

La palabra le retumbó dentro de su cabeza pero era aquella la respuesta que quería de sí misma, era eso que tanto quería.

Él siguió dentro de ella pero quiso probar con algo. Llevó un par de dedos y acarició suavemente el clítoris de ella. Un par de movimientos circulares fueron lo suficiente como para sentir que se retorcía más y más. Deseaba llevarla hacia el orgasmo.

Aina comenzó a gritar y Jack tomó el momento para tocarla con más fuerza. Así pues que las carnes de ella se volvieron más calientes que nunca hasta que por fin pasó lo que tenía que pasar. Aina se corrió con el pene de Jack dentro de ella.

Los alaridos fueron largos, profundos, viscerales. Él le dio todo, todo y mucho más. Jack comenzó a sacar su pene porque también quería eyacular pero, esta vez, sobre su espalda. Cuando lo hizo, miró que su verga estaba completamente mojada. Estaba empapada de ella.

Cuando lo miró se excitó aún más. Era como si hubiera recibido una inyección de lujuria. Fue entonces cuando la empujó sobre la cama y colocó su mano sobre su espalda. Con la otra se encargaba de masturbarse violentamente… Hasta que pasó.

Él hizo un alarido hasta que salió un chorro de semen casi a presión. Fue fuerte, intenso, y se desplegó por toda la espalda de ella. El líquido blanco y caliente, en forma de gotas, adornaron la belleza de esa piel blanca. Jack apenas pudo respirar en todo el proceso. Todo había sido demasiado fuerte.

Aina, estaba sobre la cama todavía, con el pecho agitado, con el cansancio en el cuerpo y con el dolor de haber perdido la virginidad en su coño. Estaba sonriendo cuando lo escuchó gemir levemente. Era un sonido sublime, hermoso.

Él cayó suavemente sobre ella. A pesar de que no lo veía, Aina sintió la respiración agitada de su compañero. El corazón acelerado y la intensidad del pecho, le confirmaron que ciertamente se había corrido con fuerza.

Pocos minutos después, Jack se levantó de la cama y fue hacia el baño con lentitud. Todavía estaba un poco atontado cuando encendió la luz del baño. Respiró profundo y se miró a sí mismo por un rato. El espejo reflejaba la imagen de un tío cansado pero también con la expresión de satisfacción, como si se sintiera muy bien consigo mismo.

Sonrió un poco y buscó algunas toallas de papel para limpiarse el torso y algunas gotas de sudor que tenía sobre la frente. Se miró el cuerpo y otras partes de su cara hasta que se asomó para ver a Aina.

Se veía larga y extendida sobre la cama como si fuera una obra de arte. Se acomodó un poco mejor después de que él fuera a limpiarse, así que se colocó sobre la cama y se quedó dormitando un poco. Después de verla, de

admirara, Jack abrió las llaves de agua para lavarse un poco la cara. Quería espabilarse un poco.

Salió de nuevo para luego ir hacia ella y también limpiarla. La dulce y bella Aina estaba dormida. Era como una niña. Desechó las toallas de papel y después se sentó junto a ella sobre la cama. Le acarició el mentón y pareció verla sonreír. Le pareció hermoso.

Como no tenía sueño, pensó que sería buena idea de prepararse algo de comer y ver un poco la televisión. Así que tomó un par de pantalones de pijama, se los puso, cerró la puerta con cuidado y fue hacia la cocina.

Todo estaba tan tranquilo como siempre. De hecho, el único ruido que pudo escuchar fue el de los grillos y de las ramas de los árboles. Era la brisa de la noche.

Abrió el refrigerador y tomó un poco de jamón y queso. Cortó un pan que tenía allí y comenzó a rellenar. Al terminar, se sentó en el sofá con una botella de cerveza. Como de costumbre, no tenía sueño y esperaba que el bocadillo de la madrugada, lo ayudara a conciliar el sueño.

Dio un primer mordisco y comenzó a masticar hasta que hubo algo que le llamó la atención. Eran una especie de reporte especial del noticiero local:

“Aún se desconoce el paradero de Aina Sánchez a pesar de que las autoridades han hecho todo lo posible por saber la situación de la joven. Sus padres, familiares y amigos invitan al responsable o responsables, que la dejen en libertad para que regrese con los suyos”.

De inmediato presentaron las declaraciones de su madre y padre. Pero lo que más le indignó fue ver a Martha, quien hablaba con lágrimas en los ojos.

“Es mi mejor amiga y de verdad que estoy preocupada por ella. Ojalá aparezca pronto. Estamos preocupados por ti. Te extrañamos”.

Jack no pudo evitar sentirse confundido. Por un lado, la culpa le empezó a calarse por los huesos. El ver a sus padres reteniendo el impulso de llorar frente a las cámaras, le pareció un acto de valor y entereza. Además, ellos no debían pagar las jugarretas que había provocado él y Martha.

Asimismo, le resultó horrible el descaro de Martha. Ese llanto, esa falsedad que emanaba de su cuerpo. No entendía como una persona como

ella podía ser así. Era cínica, malintencionada. Se quedó corto con los adjetivos.

Bebió un largo trago de cerveza y apagó el televisor. Se quedó allí pensativo hasta que se levantó y comenzó a mirar por la ventana. Quería salir corriendo y entregarse. Estaba lo suficientemente grande como para asumir las consecuencias.

Cuando sintió el impulso, escuchó el chirrido de la puerta. Giró rápidamente y miró a Aina con una camiseta y restregándose los ojos como pereza.

-¿Estás bien?

-Sí, sí. ¿Por qué no sigues durmiendo?

-Pensé que te había pasado algo y me preocupé por ti.

El calor de las emociones se apaciguó con esa respuesta de ella. Pasó de la rabia a la ternura. No pudo entender como una chica como Aina era amiga de Martha. Eran tan diferentes, tan opuestas. Iba más allá de su comprensión.

-Estaba comiendo algo porque no puedo dormir pero ya voy.

-Vale.

-¿Necesitas algo?

-No… Está bien… Yo…

Se giró y siguió hablando y él no la pudo entender. Le pareció gracioso y dulce que se tomara la molestia para saber de él, para saber lo que estaba haciendo.

Llevó el plato y la botella a la cocina. Se quedó parado frente a la ventana y pensó que tenía que pensar en los próximos movimientos. Mientras lo hacía, se sintió impresionado porque se dio cuenta que toda la estrategia había cambiado por completo. Y no sabía hasta qué punto.

VI

Después de deshacerse del sándwich a medio comer, Jack tomó lo que le quedaba de cerveza y fue hacia la habitación. Ella todavía dormía. Antes de entrar, apagó todas las luces y se aseguró de que todo estuviera apagado, no quería que ella se volviera a levantar.

Por alguna razón, estaba preocupado por su bienestar. Aunque su relación empezó por mero asuntos de negocios, la transacción que terminaría en cuestión de días no sólo se alargó, sino que también tomó un rumbo diferente.

Ella le estaba generando algo que no podía describir. Se acostó entonces sobre la cama y la observó dormir por un rato. Estaba rendida, increíblemente rendida.

Después giró la cabeza para admirar el techo, tenía la cabeza repleta de cavilaciones y no sabía por dónde comenzar para darles un orden. Cuando pensaba que las cosas no podían empeorar, recordó otro tema importante. Decirle a Aina que era Dominante.

Volvió a girar la cabeza y la observó. Comenzó a hacer una retrospectiva de lo que había pasado hacía poco y recordó algunas formas un poco agresivas sobre todo para alguien que tenía su primera vez.

Se sintió como un tonto, como un torpe. Así pues que tendría que sincerarse con ella sobre el asunto, tendría que decirle aquello primero y salir del susto que aquel de confesar sus más oscuros secretos.

-Mañana será el día… Sí, mañana.

Poco a poco, el silencio de la noche y el cansancio, fueron suficientes para hacerlo dormir.

Jack se despertó al día siguiente más temprano de lo común. Se bañó y fue a la cocina para preparar un desayuno sencillo. Sentía que tenía que ocuparse en algo para que la cabeza no le estallara.

Comenzó a hacer una lista mental de las cosas que tenía que hacer de trabajo y vio que Aina se había levantado. Agudizó el oído y escuchó el

ruido del agua caer. Bien, tendría un poco más tiempo para preparar el discurso.

Esperó unos minutos más y la escuchó salir de la habitación. Parecía un rayo de sol. Tenía el rostro iluminado y los ojos más verdes que nunca. Estaba hermosa, hermosísima.

-Hola, buenos días.

-Hola, ¿cómo dormiste?

-Me parece que bastante. Hasta creo que tuve una cura de sueño. Ja, ja, ja.

Jack sonrió.

-Bien, aquí tienes el desayuno.

-Gracias.

Ella tomó una silla y se sentó de lo más normal, como si hubiera pasado nada. Por un lado, se trataba porque ella concluyó que no le daría más vueltas al asunto. Pretendería que estaba en una especie de realidad alterna y que estaba allí como si estuviera en unas vacaciones. Así no se sentiría más extraña de lo que ya se sentía.

Mientras comía los gofres tostados, Jack, quien le daba igual la interacción social o dar demasiada información sobre sí mismo, se sintió más nervioso que nunca. Se sentó junto a ella y se aclaró la garganta seguidamente.

Esperó unos segundos después y luego comenzó a hablar.

-Hay algo de lo que te quiero hablar.

-Seguro. –Alcanzó a responder ella.

-Pues, me resulta un poco, pues, difícil porque no sé cómo lo vas a tomar.

Aina cobró una expresión que preocupó aún más a Jack. Sin embargo, reflexionó de inmediato que de por sí se encontraba en una situación extraña y delicada. En ese punto, no tenía que mostrar angustia porque las cosas no podrían empeorar. O al menos así se consoló.

-Verás… Vaya…

-Venga, Jack.

Era obvio que ella también estaba ansiosa así que él pensó que lo mejor que podía hacer era no darle más rodeos a la situación. Era una apuesta que tenía que hacer.

-Soy Dominante. ¿Sabes a lo que me refiero?

Aina se tranquilizó de inmediato. Sin embargo, aunque sabía de lo que le estaba hablando, aquello era una señal de que podía conocerlo más todavía así que prefirió sacudir la cabeza de forma negativa y escuchar atentamente lo que él tenía que decir.

-Bien. –Respondió él. –Eso tiene que ver con una especie de práctica que se le conoce como BDSM. Para resumir la historia. Hace alusión a la dominación, sumisión, masoquismo, sadismo y hasta fetichismo. Es un mundillo en sí mismo. Podrías encontrarte cualquier cosa.

-¿Como cuáles?

-Pues, de personas que le gusta causar dolor, otras recibirlo. De personas que aman los pies o vestirse de ponys y ser tratadas como animales. De hecho llegué a conocer a una chica que le gustaba usar pañales. Eso le prendía muchísimo.

-Vaya…

Aquello realmente la impresionó porque realmente no conocía eso.

-Es mucho más impresionante de lo que crees y es por eso que tienes que tener cuidado con quien estás. Pero, la cosa es, que a mí me gusta controlar. Me gusta tener el poder y el control de la situación.

Ella de inmediato comenzó a recordar las escenas en donde la tuvo entre sus brazos y tomó posesión de ella. Después de quitarle la virginidad, después de llevarla más allá del punto del placer, Aina se percató de ciertas conductas que le hicieron concluir que él ciertamente era aquello que se autodenominaba.

Por supuesto, no tenía un conocimiento demasiado amplio sobre el tema. Lo poco que conocía lo llegó a leer de Internet y de las experiencias que le contó Martha. De resto, lo más cercano que había vivido, pasó con él la noche anterior.

Dejó de comer y se inclinó hacia adelante. Mostró interés en lo que estaba diciendo y Jack lo entendió como una señal de que era momento de

continuar.

-Vale. Pues, hay varios tipos de Dominantes. Y así como hay variedad en ellos, también existe en cuanto a sumisas y tipos de relaciones. Sin embargo debe prevalecer algo muy importante. El respeto y el consenso. Nada se hace por obligación ya que todo pasa por una conversación en donde ambas partes expresan lo que quieren o no de puertas para adentro. Por otro lado, cuando sientas que las cosas no van por el camino que quieres, tienes la obligación de decir la palabra de seguridad. Esa misma que frenará la sesión y la terminará de inmediato.

Aina estaba escuchando atentamente las palabras de él. Mostraba real interés mientras comparaba la información que ya tenía en su cabeza. Todo le pareció correcto y sin equivocaciones. Todo le pareció como aquello que ya había leído o informado.

-¿Estás bien con lo que te he dicho? –Espetó él. –Sé que suena descabellado pero es algo que necesitaba decirte…

-Bien, me percaté que tenías algo de eso por cómo fueron las cosas pero, siendo sincera, me gustó mucho y quiero saber más, aprender más al respecto.

Jack se sintió contento pero también un poco confundido. Esperaba el rechazo y quizás la indignación pero en cambio, recibió una actitud muy diferente.

-¿Estás segura? Esto no es para todo el mundo. Sería normal que no te sintieras cómoda.

-Quiero intentarlo. Permíteme intentarlo.

Sus ojos verdes emanaron un hermoso resplandor. Si él tuvo la intención de negarse, todo se fue a la basura con sólo verla. Ella comenzaba a producirle un sentimiento extraño, fuerte, uno que le hacía imposible negarse a algo que ella le pidiera.

-A ver… Podemos hacer unas cuantas pruebas, algo que nos permita comenzar con algo concreto. Pero después veremos. Ahora tengo que hacer unas cuantas cosas. –Tomó un tono severo- Tendré que atarte para que no te escapes.

Aunque lo decía con seriedad, Aina sintió que había un dejo de ese hombre dominante que ya se encontraba con la libertad de expresarse libremente. Así pues, que sólo asintió.

Después de terminar su desayuno, ambos se levantaron y esta vez fueron a la habitación de él. Ella se acostó en la cama y Jack procedió a amarrarla. Pensó que la mejor posición sería que ella estuviera con los brazos y piernas extendidas.

Comenzó a atarla con cuidado y de vez en cuando la veía para asegurarse de que estuviera bien. En el proceso, no paraba de pensar en las ganas que tenía de moldearla, de convertirla en su esclava. Por lo pronto, sólo se ocuparía de atarla para que se acostumbrara a la idea de que era él quien tenía el mando.

Aina se encontraba en una especie de trance. Cada sensación que experimentaba con las cuerdas sobre su piel, era como si se entregaba cada vez más al placer de dejarse llevar, de convertirse en la mujer del video y de ser la mejor sumisa para él.

Adoptó una postura quieta y tranquila, con los ojos fijos en el suelo o en las venas que le brotaban en la mano. A veces se tropezaba con el fulgor de esos ojos negros y sólo deseaba dejarse derretir con esa mirada que parecía consumirla de a poco.

Cuando terminó, Jack se echó para atrás y comenzó a vestirse delante de ella. La intención era tentarla y decirle que ese cuerpo pronto tomaría el control de ella. Esa espalda ancha, divina, con ese tono bronceado profundo.

El cabello oscuro y las manos que rozaban los botones de la camisa con una delicadeza casi sublime. Los gestos de Jack le parecían gloriosos porque era conjugar la rudeza de su masculinidad con la sutileza del tacto. En él convivían los dos aspectos.

Se paró ante ella, estiró su mano y la rozó suavemente sobre el mentón. Aina cerró los ojos y sintió la caricia como el gesto más delicioso que podría recibir. Era dulce y también intenso. Cada vez le gustaba la dualidad de Jack.

-Vendré lo más pronto posible.

-Está bien…

Él se agachó lentamente y una de sus manos se adentró a la espesura de su cabello castaño, tomándolo después con fuerza. Hizo que echara la cabeza hacia atrás. Ella cedió y él se acercó aún más, tanto que sus labios rozaron un poco.

-Si te portas bien, puede que nos divirtamos un poco esta noche.

Ella estaba impresionada aunque trató que su expresión se mantuviera en calma. No obstante, era un poco difícil por tratarse de un hombre que le hacía sentirse como nadie la hizo sentir.

-Sí… Me portaré bien.

-Bien, qué buena chica…

Se levantó de repente con la misma fuerza, dejándola atrás con el deseo de que la tomara en su piel, en los labios y en el coño que apenas comenzó a palpitar con el tacto y con la voz de él.

VII

Aina escuchó la puerta cuando se dio cuenta de que por fin se había quedado sola. Giró la cabeza y miró el brillo del sol a través de la ventana aunque estaba haciendo un poco de frío. Trató de concentrarse en otra cosa pero no pudo. Sólo podía pensar en él.

Aunque trató de resistirse, cerró los ojos para pensar en él, para entregarse hacia los pensamientos que tanto le gustaba tener sobre él.

Comenzó a recordar las palabras, los besos, el cuerpo. La forma en cómo la tocaba, en cómo le hablaba, en cómo le decía las cosas con una pausa y con un tono grave y delicioso. Era capaz de recrear todo en su mente con una facilidad que prácticamente sintió que él estaba allí a pocos centímetros de ella.

Aumentó los latidos de su corazón, el pecho comenzó a acelerarse y el coño estaba ya mojado y palpitante. Era como si estuviera lista para él.

Más que nunca deseó estar con él y sentir todas las cosas que sólo pudiera planificar él para ella. Cada vez más, ese concepto se parecía más atractivo, más interesante, más posible.

Jack caminó por los bosques y parte de la montaña para hacer el trabajo de siempre. Tenía la misma expresión de siempre, la misma actitud calmada que le hacía ver como un tío serio y responsable.

Mientras revisaba unas cercas, sintió que alguien estaba aproximándose. No le prestó demasiada atención porque pensó que de seguro se trataba de algún compañero de trabajo. Siguió en lo suyo hasta que una mano le tocó el hombro. Era Martha.

-Hola. ¿Ocupadito?

El tono de voz sarcástico y malintencionado hizo sentir a Jack un malestar que casi le puso de malhumor de inmediato.

-¿Qué quieres?

-Ah, ya veo que no me saludas como antes. En fin, quería saber cómo estaban las cosas. Si ha habido algún progreso.

-¿De cuándo aquí te interesa eso?

-Te recuerdo que te pagué un dinero por ello, Jack. Así que, de ser tú, trataría de decir las cosas de la mejor manera para evitar problemas.

Él aprovechó el tamaño de su cuerpo para acercarse a ella de manera intimidante.

-Como sabrás, no hablo de estas cosas con nadie. Respeto la intimidad y creo que es algo que deberías practicar tú también. No estaría de más.

Martha se quedó en silencio hasta que reaccionó, pretendiendo que no había pasado nada y que todo estaba bajo control.

-Por la respuesta asumiré que todo está bien. Espero que esos 500 pavos te estén motivando lo suficiente, porque sé lo aburrida que puede ser Aina.

Poco a poco, Jack sintió que algo le crecía en la boca del estómago. Era la ira que estaba por consumirle las entrañas. Fue por eso que optó por ignorarla porque estaba seguro que la conversación acabaría mal.

-Eh, antes de que te vayas. Tranquilo, todo lo tengo manejado, aunque me dan lástima sus papás. Pero bueno, ya se les pasará. Creo que estaré por aquí después para ver cómo va todo. Nos vemos, querido.

Ella se fue dejándolo allí, con las mejillas encendidas y con las ganas de golpear algo. Se preguntaba cómo una persona como ella era capaz de maquinar algo así.

-Tú también tienes culpa, tío. No te puedes escapar de tu responsabilidad. –Se dijo para sus adentros. Aquella sentencia le hizo sentir que tarde o temprano tenía que tomar responsabilidad de sus actos.

Transcurrió el día con rapidez. Jack trabajó en lo que pudo y por un momento pensó que su vida era lo mismo de siempre. La rutina, las conversaciones, los trabajos. Todo era igual como una muestra de que el mundo todavía seguía girando.

Cuando se percató que pronto sería un poco más del mediodía, pensó que tendría que regresar para saber cómo estaría Aina. Se despidió como siempre y dejó entendido que estaría atento ante cualquier eventualidad que surgiera.

Caminó hacia la cabaña, abrió la puerta y fue hacia su habitación. Ella lucía tranquila y cómoda, estaba durmiendo.

Fue a la cocina para preparar algo sencillo y rápido. Mientras esperaba que estuviera lista la comida, fue de nuevo para encontrarse con ella. Se sentó suavemente sobre la cama y la despertó con suavidad.

-¿Tienes hambre?

Ella logró asentir levemente.

-Vale.

La desató con lentitud y, al terminar, acarició sus tobillos y muñecas. Se percató que había hecho los amarres muy fuertes. Sin embargo, ella pareció complacida, así que se tranquilizó un poco. Además, concluyó que era posible que el camino para que Aina se convirtiera en su esclava iba bastante bien.

La llevó hasta la cocina para que se sentara a comer. Sirvió un plato de pasta con salsa de carne y una botella fría de gaseosa. Aina comenzó a almorzar ante la mirada silenciosa de Jack.

De nuevo, le vino el recuerdo de las palabras gélidas de Martha. Evocó la forma en cómo ella se refirió de Aina con cierto desdén. En un principio, él trató de no meterse en esa amistad pero ya había llegado al punto en que no pudo soportarlo más.

-Lo siento, tenía tantas cosas por hacer…

-No te preocupes, estás aquí. –Respondió ella con una sonrisa.

Jack casi estuvo a punto de echarse para atrás pero pensó que lo más conveniente era preguntarle, tenía que hacerlo.

-Aina, ¿cómo te la llevas con tus amigas?

Al momento de hacer la pregunta, estaba seguro que había pisado un terreno difícil y más por hacerlo de esa manera. Pero era un asunto complicado para alguien que presentaba ciertos problemas para comunicarse con los demás.

Aina se quedó un poco perpleja pero no le dio demasiada importancia. Quizás era producto de la curiosidad así que respondió:

-Bien. Hablamos mucho y salimos cuando podemos. Son divertidas, sobre todo una, que es la más alocada de nosotras. Es mi mejor amiga creo que desde el jardín de infancia. Mis padres conocen a los suyos y ambas hemos pasado por momentos muy importantes juntas.

Él se dio cuenta de la manera en cómo Aina se refería a Martha. Una diferencia muy palpable.

-¿Por qué?

-Por nada en espacial. Supongo que es para saber cómo te las llevas con tus amigos.

-Pues, sí. Como te digo, mi amiga es muy loca y aventurera. A veces me hace pensar que soy una chica aburrida en comparación con ella porque hace cosas que nunca me atrevería a hacer. A lo mejor sea así, a lo mejor si soy aburrida y un poco tonta.

-No eres así. No te digas esas cosas.

Jack de repente tomó un tono un poco alterado.

-¿Estás bien?

-Sí, sí. Es que sigo apenado por la comida…

-Venga, que ya te he dicho que está bien, ¿vale?

-Vale.

Terminaron de hablar y Jack quedó inmerso en el silencio. Luego, se levantó y volvieron a repetir el ritual de los amarres. Aina descubrió que le excitaba quedarse así, a la merced de él.

Cuando Jack estuvo listo, pensó que sería buena idea hacer un cambio en las cosas, así pues, tomó una venda de uno de los cajones y le cubrió los ojos.

-Esto creo que será lo más interesante de todo. Así no sabrás cuándo vendré. ¿Te parece?

-Sí, por supuesto.

-Vendré pronto.

-Sé que sí.

Ella se quedó quieta hasta que sintió el calor de los labios y del aliento de Jack. Su lengua rozó la de ella suavemente y sus manos fueron a parar sobre su cuello.

Por un momento, Jack deseó con todas sus fuerzas, mandar las cosas al diablo y disponerse a actuar como el Dominante que era, sin embargo, sólo tenía que esperar un poco más. Siguió besándola hasta que se separó de ella y la volvió a dejar sola.

Aina se quedó sobre la cama, deseando cada vez más la llegada de ese hombre. Lo que al principio le había causado temor, ahora le provocaba inmenso placer.

Sintió que la noche había caído cuando en ese momento escuchó el suave chirrido de la puerta. Su mente y su cuerpo estaban preparados para lo que vendría después… O al menos eso era lo que creía.

Jack estaba mentalmente en el papel. Ya era el Dominante dispuesto a moldear su esclava. Así pues, cerró la puerta tras sí pensando que dejaba atrás el mundo normal y vainilla.

La casa todavía estaba a oscuras así que aprovechó el ambiente para provocar un poco más de misterio. Aina, mientras, trató de agudizar los oídos porque estaba segura que él estaba dando vueltas por ahí. Pero nada, no pasó nada. ¿Hubiera sido producto de su imaginación? Apostaba que no.

Esperó un poco más hasta que sintió las manos de él sobre ella. La acarició suavemente, lento, con cuidado. Ella se sorprendió de esa textura agradable que tenía a pesar de ser un hombre que trabaja con las manos.

Cada parte que recorría de ella, se sentía como la seda, como el placer más intenso y delicioso. De repente, sintió que la desamarraba. Ahora sí que no tenía la más mínima idea de lo que pasaría después.

A pesar de ello, a pesar del creciente temor que sentía, sabía que tenía que estar tranquila y permanecer relajada. Además, si quería ser una buena sumisa para él, tenía que depositar toda su confianza en él… Sabía que Jack era un hombre experimentado y que no haría nada para lastimarla.

Él siguió con su trabajo en silencio hasta que por fin terminó. La tomó suavemente por el cuello y la volvió a besar tan suave como la vez que se

despidieron. Después, hizo que se levantara.

La ayudó para que no perdiera el equilibrio y que no se tropezara. Aina, estaba pensando en lo que sucedería después. Sin embargo, su instinto le decía que todo estaba bien, que no había necesidad de asustarse o preocuparse.

Él la colocó frente a sí y comenzó a besarla. Mientras, sus manos se encargaron de quitarle la ropa, de dejarla desnuda, de hacerle sentir que ciertamente él era la persona que tenía el control.

Al cabo de unos segundos, la luz de la luna sirvió para resaltar la piel blanca y suave de Aina. Sus pechos redondos, los pezones rosados, los huesos de sus hermosas caderas, las piernas largas y la boca entreabierta teñida de rojo al igual que sus mejillas.

A Jack se le despertó la necesidad de tomarla entre sus brazos y hacerla sufrir y vibrar del placer. Fue entonces cuando la hizo sentarse sobre una silla de madera no muy lejos de donde estaban para comenzar con lo que quería.

-Te dije que si te portabas bien, nos divertiríamos. Así pues, que voy a cumplir con mi palabra. Para ello, algo importante, la palabra de seguridad es "rojo". Dila cuando sientas que no puedas más. ¿Vale?

-Vale.

-Ah, y antes de que se me olvide. –Retomó esa actitud fría y controladora. –Por más que ruegues, por más que lo pidas… Tiene que quedarte claro que soy yo quien manda.

La forma en cómo se lo dijo, le hizo que la piel se le erizara. Permaneció en el suspenso hasta que sintió de nuevo las cuerdas sobre sus muñecas. Esta vez, firmes, muy firmes.

Espero un rato más hasta que escuchó las pisadas cerca de ella. Siguió a la expectativa hasta que sintió que una gota caliente había caído sobre su muslo. Después otra en la otra pierna… Después otra… Y otra.

El dolor primigenio se convirtió en el estimulante perfecto, cada vez las gotas de cera caliente le producía placer, uno que jamás que pensó que sentiría: uno que alcanzaría a través del dolor.

Jack permaneció atento ante las reacciones de Aina. Le gustó encontrarla temblando del placer, así que vertió un poco más del líquido sobre la piel hasta que observó que se estremecía con fuerza. Su boca estaba entreabierta y su rostro encendido. El pecho agitado, el corazón acelerado.

-Bien… Muy bien. –Pensó para sus adentros.

Siguió un poco más hasta que quiso que fuera buena idea desafiar los límites de Aina. Quería saber qué tal lejos podría llegar. El tema era que de seguro ella pararía todo, sin embargo, era algo que quería probar, tenía el presentimiento que valdría la pena.

Dejó la vela cerca y fue hacia un mueble cerca del clóset. Se agachó un poco y abrió una caja que contenía una serie de objetos peculiares. Extrajo un látigo pequeño con varias lenguas de cuero que colgaban de un extremo.

Probó el material sobre la palma de su mano y se aseguró que todo estaba bien. De inmediato fue hacia ella porque pensó que no podría aguantar más. Quería marcarla, quería hacer gritar tanto como pudiera.

Alzó su mano para que colgaran las cintas de cuero para que cayeran sobre los muslos de Aina. Ella cobró una expresión de incertidumbre hasta que entendió lo que sucedía. Supuso que se trataba de un látigo así que se sintió más ansiosa que nunca. Sus fantasías estaban haciéndose realidad.

Entonces, de manera inesperada, cuando pensó que las cosas cobrarían otro rumbo, recibió el primer impacto. De inmediato se sobresaltó, de inmediato sintió el ardor en los muslos, el picor, el dolor.

Aunque le tomó por sorpresa, sus sentidos se volvieron más intensos, quería más, quería recibir más de ese castigo. Ese mismo que provenía de la mano firme de él.

-Quieta. No te he dicho que tienes permiso para que te muevas. Ah, y cuidado haces ruido. Te quiero calladita y obediente. ¿Entendido?

-Sí, señor.

Aquella respuesta automática y segura, hizo que el pene de Jack se volviera tan duro como una roca. Sin embargo, todavía faltaba un poco más para dar rienda suelta a sus acciones como Dominante. Quería disfrutar un poco más de eso.

Esperó un poco más después del primer latigazo hasta que volvió a azotarla. Continuó haciéndolo, con fuerza, con disciplina. Su expresión grave y severa era porque en esa sesión no había marcha atrás. Estaba el punto álgido de ese momento tan intenso.

La piel de Aina pasó de ser blanca y casi pálida, a volverse rojiza con varios tonos. En unos lados se veía rosado y otras de un color intenso y hasta incluso era posible ver la piel rota. Esas gotas de sangre, esa textura brotada y deliciosa.

Jack soltó el látigo, dejándolo caer sobre el suelo. Lo hizo porque ya había terminado y porque el morbo que sentía en ese momento era demasiado fuerte, demasiado intenso. Pensó en lanzarla sobre la cama pero de inmediato se fijó en sus labios.

Fantaseó con ellos un rato hasta que por fin se decidió por lo que tenía en mente. Su pene, a esa instancia, esta tan duro que pensó que la piel se iba a reventar. El glande estaba húmedo por el líquido pre-seminal y las venas estaban brotadas. Era el momento.

Estiró su mano para tocar el mentó de Aina. Lo acarició suavemente hasta que colocó el pulgar sobre sus labios. Los rozó e hizo que ella abriera la boca un poco. Después, se posicionó lentamente hasta que su pene quedó a la altura de sus hermosos labios.

Aina sintió el calor del miembro de Jack y de inmediato se dispuso a darle placer. Primero le dio un beso en toda la punta. Uno suave, delicado. Después procedió a sacar su lengua para lamerlo lento y pudo sentir la dureza de la verga de él.

Era exquisito, delicioso. Quiso tomarse su tiempo para no equivocarse, para hacerlo sentir bien, para que él supiera que ella estaba dispuesta a satisfacerlo lo mejor posible. Así pues, continuó hasta que sintió que el cuerpo de él se acercaba más. Deseaba tenerlo todo en su boca.

Aunque el primer impulso era meterlo de una vez, Jack sabía que tenía que hacerlo de a poco. Por lo tanto, procuró hacerlo con cuidado. En ciertas ocasiones, veía cómo se ahoga y los hilos brillantes de saliva, salían de las comisuras de sus labios. Un espectáculo divino.

Escuchaba y veía las arcadas pero ella estaba decida, al menos eso él entendió. Miró cómo se estiraba para hacer bien los movimientos y,

después de un rato en donde se debatía entre la duda y la ansiedad, Aina logró encontrar el ritmo con el que se sintió cómoda y procedió a actuar en consecuencia.

Jack entornó los ojos porque la imagen de ella comiéndoselo entero, le hizo prácticamente perder la razón. La sensación, además, fue más intensa cuando experimentó el calor y la humedad del interior de la boca de ella. ¿Acaso existía algo más delicioso que eso? Estaba seguro que no.

Le tomó el cabello con una de sus manos, la sujetó con fuerza. La venda todavía estaba allí pero quiso verle los ojos, así que le quitó el trozo de tela y la miró fijamente. Ella logró enfocarse lentamente, hasta que vio a su Amo.

Se excitó aún más porque lo lamía y porque podía ver las expresiones de su rostro perfecto. Pudo observar los ojos entornados y las veces en que se mordió la boca porque pensaba que no podría más.

Ella, por otro lado, descubrió un par de cosas más sobre sí misma. No sólo le gustaba estar amarrada, sino también, el dolor y el de dar placer por su boca. Era como recibir una inyección de adrenalina.

Aunque podía seguir así por todo el tiempo del mundo, se dio cuenta que no podía porque estaba urgido por tenerla entre sus brazos y por penetrarla, por sentir la carne, por sentir el calor y la humedad.

Se echó un poco para atrás para que ella lo dejara de lamer, tomó un poco de aire y procedió a prepararse para quitarle los amarres. Al terminar. La tomó la mano a Aina para ayudarla a levantarse poco a poco.

Ella logró recobrar el equilibrio y finalmente quedaron frente a frente, desnudos y vulnerables… Más ella que él. Volvieron a mirarse y compartieron el gesto del deseo y de algo más. Jack sintió que tenía suerte de haberse encontrado con alguien que lo había conmovido tanto desde la primera vez.

Aina sintió que los dos compartían una conexión importante y, además, él la hacía sentir que estaba protegida, cuidada, que con él podía estar segura. También experimentó un montón de cosas más que no pudo describir debido a su juventud e inexperiencia.

Después de unos minutos, después de haberse perdido y de haber dejado el mundo atrás, Jack la tomó por la cintura la dejó sobre la cama, esta vez, en cuatro. Para él, esta esa su posición favorita porque le permitía tener el control total de todo.

Así pues que la abrió las piernas y tocó un poco el coño que ya estaba húmedo y muy caliente. Sólo el roce de la punta de sus dedos provocó que ella se estremeciera por completo. La tocó un poco más hasta que acercó su pene y lo metió lento pero con decisión.

De nuevo sus carnes se volvieron a unir para quedar abrasadas por el calor de ambos. Aina se sujetó de las sábanas con todas las fuerzas hasta que sintió que su espíritu se había desprendido de su cuerpo. Era algo tan sublime y tan delicioso que sintió que podía navegar entre esas sensaciones por siempre.

Las manos de él se posicionaron sobre sus caderas y de inmediato experimentó las embestidas de él que fueron de lentas y suaves, a fuertes e intensas. Por supuesto, sus gemidos no se hicieron esperar. Era una mezcla de dolor y placer.

Sentir una verga como esa, tan grande, tan caliente y deliciosa; sentir las manos de él, las caricias y hasta escuchar esas palabras incomprensibles que salían de su boca, eran todo lo que ella pudo desear y más. Se sentía que estaba en una especie de sueño del que no quería despertarse.

Jack sintió que estaba muy cerca de correrse dentro de ella y por un momento lo deseo. Eran los bríos del Dominante salvaje que hablaba por él. Sin embargo, también deseaba darle el placer a ella tanto como pudiera, así que optó por otra cosa.

Dejó de follarla para luego acostarse sobre la cama. Una Aina confundida y atontada por la excitación, no supo qué hacer hasta que él volvió a tomarla pero, esta vez, para sostener su cintura y caderas y hacer que su coño quedara por encima de su boca.

Ella estuvo a punto de decir algo, a punto de exclamar que tenía miedo de lo que estaba haciendo pero él la miró de tal manera que la hizo sentir segura de aquella decisión que no acaba de comprender bien.

Se mantuvo en la expectativa hasta que sintió la lengua de él rozándole los labios vaginales y el clítoris. Sintió la punta danzando en ese lugar para

que se volviera a encender la intensidad y el fuego de la pasión.

Se movía de un lado para el otro, iba hacia adelante y hacia atrás como si estuviera ávido de hambre, de ganas de conocer más, de ir más lejos. Después de concentrarse en el clítoris, Jack se preparó para penetrarla con su lengua.

Se abrió paso por dentro, probando y bebiendo esos jugos del placer. Ella parecía que en cualquier momento estaría lista para perder la razón. Los gritos se hicieron intensos, que Aina tuvo que buscar algo para sostenerse ya que, era seguro que se perdiera en cualquier momento… Aunque también lo deseaba.

Aina cerró los ojos y experimentó una fuerte corriente que parecía recorrer todo su cuerpo. Se mordió la boca y Jack insistió en las lamidas hasta que, por fin, ella se corrió en su boca.

Ella gimió, gritó, se sostuvo de donde pudo, trató de quedarse allí con él pero le fue imposible porque quedó abrumada por una oscuridad que la obligó a desconectarse de él y de ella misma. Después de unos segundos, pudo recuperar la consciencia.

Jack se acomodó de nuevo después de beber de Aina todo lo que quiso y pudo. Sin embargo, antes de darle un término a lo que estaba pasando, se levantó para volver a buscar el látigo. No había terminado y deseaba aprovechar más de ella.

Aina logró recuperarse por completo cuando él la tomó por el cuello y la dejó sobre la pared.

-Quédate quieta.

-Sí, señor.

Apartó de nuevo sus piernas y extendió sus brazos sobre la pared.

-Quieta, Aina. Quieta.

Ella no tuvo tiempo de responder porque él, de inmediato, comenzó a propinarle latigazos a una velocidad impresionante. Aina comenzó a gritar y a quejarse del dolor. Sin embargo, ella genuinamente lo disfrutaba.

-Te dije que te quedaras quieta. No te muevas.

Se calmó un poco y pensó que tenía que acotar la orden porque él se la dio y así debía hacerse. Así pues que se quedó sobre la madera, con los ojos cerrados, recibiendo parte del castigo por su desobediencia y también el placer que sentía por el dolor.

Poco a poco, Jack miró que las marcas se hacían más profundas y notables. Se dibujaban pequeños hilos de sangre y de piel brotada que dejaba la evidencia del impacto de las tiras de cuero. El morbo estaba arrastrándolo hasta la locura.

Después de unos minutos intensos, él se detuvo y volvió a dejar el látigo a un lado. Se colocó cerca de ella para sentir cómo era su respiración y si estaba bien. Al cerciorarse que era así, se colocó tras ella para acariciarle las heridas, lamiendo incluso algunas partes en donde la sangre brotaba un poco.

Le demostró que, si bien podía hacerle sufrir y que podía torturarla, también era capaz de consentirla y de hacerla sentir cuidada y protegida.

Aunque pudo quedarse allí, se dio cuenta que su verga estaba a punto de reventar. Siguió detrás de ella y Aina pudo sentir la dureza y el calor de su pena. Jack tomó las nalgas de Aina, manoseándolas y tocándolas con fuerza.

Después de un rato, las juntó y colocó entre ellas su pene. Comenzó a pajearse con ellas. Aina comenzó a moverse un poco porque le excitaba la sensación.

-Te dije que te quedaras quieta.

Y de inmediato le dio una fuerte nalgada. Ella procuró quedarse así hasta que sintió los gemidos y los gruñidos de él, los cuales estaban haciéndose cada vez más y más fuertes.

Jack estaba desesperado y apretaba la piel de Aina con tanta fuerza que pensó que la atravesaría. En ese punto, cerró los ojos y se dejó llevar por la excitación que ya casi tomaba el control de su cuerpo y de su mente. Al cabo de un rato, después de complacer su morbo y la urgencia de hacer algo más, Jack sintió la electricidad de su cuerpo hasta que dejó de quedarse allí e hizo que ella se girara.

-Agáchate. –Le alcanzó a decir apenas y ella lo hizo. Al final, desparramó todo su semen sobre las mejillas, los labios y hasta parte del cabello de Aina. Jack, mientras tanto, no paraba de agitarse debido a la intensidad de ese orgasmo.

Después de marcar el rostro de ella, después de recuperar un poco el aliento, se echó un poco para atrás y fue hacia el baño para buscar algo para limpiarla. Aina estaba ya de pie cuando él se reunió con ellas. Apenas podía hablar porque aún estaba con las secuelas del orgasmo.

Ella, de repente, le tomó el rostro y le dio un beso suave y delicado. Él sintió el cambio de ambiente y de emociones por lo que era casi estar en contacto con algo sublime.

-Creo que se me fue un poco la mano. –Alcanzó a decir un poco apenado.

-Me gustó. Me gustó mucho. Pero eso ya lo sabes. Espero que así sea.

Él no pudo evitar sonreír así que volvieron a tocarse y a besarse como si no existiera el tiempo. Después de encontrarse con la mirada, fueron hacia la cama y se acostaron.

El silencio de la noche los arropó por completo. Aina volvió a sentirse cansada y se arrimó hacia el pecho de él para encontrar un poco de refugio. Eventualmente, se quedó dormida.

Jack la miró en todo el proceso y no pudo evitar sentirse el hombre más feliz del mundo. Estaba con una chica encantadora y moría por saber conocer más de ella, de formar parte de su mundo siempre. Sin embargo, por una parte, sentía miedo por la edad, era muy joven y el mayor en comparación pero sentía que debía seguir adelante.

Sin embargo, ese escenario pudo haber sido perfecto salvo por un detalle. Las condiciones en cómo se conocieron fueron extrañas. No tenía idea de cómo serían las cosas pero, de seguro, era necesario contarle todo. Ya no podía sostener más la mentira.

En ese momento, Jack, el hombre distante y frío, el Dominante que no le daba demasiada importancia a los demás y que estaba concentrado sólo en su placer, era ahora un tipo diferente.

Mantuvo la mirada fija hacia el techo se obligó a sí mismo que era mejor pensar en ese detalle para después. No tenía manera de solucionar eso por

los momentos y quizás las cosas se solucionarían eventualmente y de la mejor manera. Al menos así esperaba.

VIII

A la mañana siguiente, el trinar de los pájaros fue el despertador de Aina. Ella abrió los ojos con pereza y de inmediato sintió el dolor en algunas partes de su cuerpo. Sonrió al recordar que todo había sido por él, así que no se preocupó más.

Lo buscó entre las sábanas pero no lo encontró, así que se bajó de la cama caliente y fue a tomar una camiseta, unas bragas y un par de pantalones para buscarlo. Primero fue al baño, se lavó la cara y cepilló los dientes.

Al mirarse al espejo se dio cuenta que tenía una sonrisa estúpida y pensó que ciertamente él la hacía sentir muy bien consigo misma. Estaba ansiosa por verlo y por preguntarle qué podrían hacer juntos. Su cabeza estaba llenándose de fantasías y de escenas optimistas.

Quería darle una sorpresa por lo que salió de la habitación con cuidado y se fijó por la ventana que él estaba hablando con alguien. Sonrió al verlo pero se dio cuenta que la expresión de él era más grave de lo que esperaba. Se sintió preocupada y salió.

Lo que vio la dejó perpleja. Jack estaba hablando con Martha, o más bien discutiendo. El miedo le recorrió la espina pero optó por escuchar la conversación. Así que se acercó lo más que pudo y con el mayor silencio posible.

-… Le contaré todo, todo, es demasiado y ya no aguanto más.

-No seas ridículo, Jack. ¿Por qué vas a arruinar la diversión? Esa chica está recibiendo un poco de acción en su triste y rutinaria vida y tú quieres arruinarlo. Qué majadero y gilipollas eres.

-Me da igual lo que pienses de mí, esto es demasiado, Martha. Es una manipulación mayor y yo ya no lo soporto. Es injusto con ella.

-¿No me digas que te gusta? Por Dios, Jack, es la tía más aburrida y fofa que jamás conocerás. Más bien deberías sentir lástima por ella.

Las palabras que salían de la boca de Martha la lastimaron. Le atravesaron el cuerpo como si fueran dagas afiladas. Quiso irse de allí, quiso irse muy

lejos pero no pudo. Sus pies se mantuvieron en el suelo, como un par de plomos.

-Deja de referirte así de ella. Me tienes harto. No le llegas ni a los talones.

-Ja, ja, ja, ja. Esto era lo que me faltaba. Que la defendieras y que sintieras la necesidad de protegerla. Qué ridículo por Dios. Fíjate que te pagué por esto, por lo tanto, tienes que seguir hasta el final o hasta que yo diga. Bah, eras más divertido en la cama.

-Estás muy equivocada, niña. Nosotros no somos tus marionetas. No somos tus títeres. Me entregaré a la policía y ella regresará a su casa.

Aina no escuchó más… Todo lo que le había pasado entonces fue producto de un complot. Lo que pensó que era una de las experiencias más increíbles de su vida, terminó siendo una desgracia.

Volvió a entrar a la casa para buscar sus zapatos y una bufanda porque el frío estaba un poco crudo. Caminó hacia la puerta y miró que los dos seguían discutiendo, así que aprovechó para salir y caminar hacia el bosque. No miró para atrás.

Martha y Jack compartieron unos cuantos gritos más. Él le devolvió el dinero y ella lo amenazó con acusarlo a la policía.

-No tienes que hacerlo, yo iré.

Ella le rogó para que no lo hiciera porque sabía que ella también quedaría involucrada. Estuvieron así unos minutos hasta que el móvil de ella sonó. Le hizo una señal de alto a Jack quien estaba listo para ir a la comisaría. El rostro de ella se descompuso por completo.

-Joder… La madre de Aina me llamó. Dice que ella se apareció a la comisaría. Estamos jodidos.

IX

Aina caminó tan lejos como pudo hasta que divisó en el horizonte, los pequeños edificios. Estaba ya en la ciudad. Fue hasta la autopista principal y se detuvo en una parada lejana. Esperó unos minutos y tomó un autobús.

Llegó a la comisaría ante la mirada sorprendida de la gente. No lucía golpeada ni débil, estaba aparentemente bien pero tenía la mirada perdida y triste. En seguida fueron hacia ella para bombardearla de preguntas. Poco después llamaron a sus padres.

La llevaron a una sala en donde la interrogaron.

-No lo sé. Lo último que recuerdo es que estaba en una fogata el día de mi cumpleaños. Pero todo lo demás, no lo sé.

-¿Crees que te hicieron daño?

Ella alzó la mirada.

-No. Estoy bien.

Después de más preguntas, las autoridades concluyeron que quizás sólo se trataba de una chica que había huido de su casa como acto de rebeldía. Firmaron unos cuantos papeles y la dejaron ir.

Sus padres no daban crédito de lo que había pasado. Su madre estaba en las lágrimas y su padre también. Su hija estaba bien y estaba a salvo. Ella, por otro lado, tenía la expresión muerta. Su mejor amiga la había traicionado de la peor manera y el hombre que le gustaba, también. El mundo, su mundo se había destrozado.

El camino de regreso a casa se sintió tan diferente a lo que había pensado, sobre todo porque quería decir que la fantasía terminó y de una manera abrupta. Ahora no sabía bien cómo iba a continuar.

Entró a su cuarto y sintió que ese ya no era su lugar. Pensó que estaba en un lugar extraño pero no sabía para dónde ir. Todo era extraño.

Horas después sus amigas se hicieron presentes, incluso Martha. Ella fue a abrazar a Aina y, sin poder evitarlo, ella se echó para atrás con un gesto de desdén. Se respiró la tensión en el ambiente y nadie sabía bien qué hacer.

Sin embargo, Aina, envuelta en la rabia, se acercó a Martha.

-No tienes por qué preocuparse…

-Aina…

-No me hables más ni me busques. No eres más bienvenida, Martha. Así que desaparécete.

Su madre trató de intervenir pero ella le dio una mirada fulminante.

-Déjalo, mamá… Vete, Martha. Vete. Le dijo apretando los dientes.

Martha entendió todo, supo que Aina ya sabía y que era mejor hacer caso a lo que le dijo. La miró irse y cerrar la puerta tras sí. Ya no hubo vuelta atrás.

Transcurrió el tiempo y Aina pareció volver a la normalidad. Sin embargo, parecía que había perdido un poco de su inocencia, un poco de esa alegría que tanto le caracterizaba.

Ella, por otro lado, estaba concentrada en que pronto se iría a la universidad. Estaba ansiosa y preparada en la próxima etapa de su vida.

-¿Estás segura, hija? Puedes esperar un poco de tiempo para ir. No es necesario que vayas.

-No, tengo que hacerlo. Es una oportunidad que no puedo perder.

La determinación de ella era de hierro. Nadie pudo convencerla de lo contrario.

Aina estaba decidida para dejar atrás ese lugar, quería irse, quería empezar de nuevo en otro sitio que no le recordara las cosas que habían pasado. Pero claro, eso era difícil. A pesar del dolor que sentía, todavía pensaba en Jack, pensaba en sus besos, en el calor de su cuerpo y en esa necesidad de ser su esclava, de ser de él siempre.

Trataba de calmar las ansias dando cortos paseos por la ciudad. Iba a la plaza central o algún café para despejarse la mente. A pesar de los esfuerzo, él seguía en su mente invadiendo sus neuronas. Era como una tortura.

Después de los reportes y de las noticias, el secuestro dejó de serlo para transformarse en desaparición extraña. Los psicólogos dijeron que quizás

se trataba de un lapsus mental que la obligó a divagar por el bosque. Poco a poco, su rostro desapareció de las páginas de los periódicos y su nombre dejó de pronunciarse en la televisión y la radio. Lo cierto es que la vida comenzó a cobrar la normalidad.

No faltaba demasiado para irse de la ciudad cuando Aina volvió a salir en una de esas caminatas que tanto hacía. Se detuvo para sentarse en un banco y llevó su mirada hacia las montañas.

Trató de pensar en otra cosa pero no pudo, sintió la necesidad de ir hacia él, de hablar con él, pero no sabía si era lo correcto. De repente, dejó de pensar y comenzó a caminar hacia allí.

Después de un rato, se adentró en el bosque como pasó el día de su cumpleaños, con la diferencia de que ese escenario ya le resultaba familiar, así que sabía bien hacia dónde dirigirse. Siguió caminando hasta que vio a lo lejos el humo salir de la chimenea. Él estaba allí.

Quiso alejarse y no volver más, pero sintió una fuerza de atracción más fuerte que la resistencia, así pues que se acercó hasta quedar frente a la puerta. Alzó la mano y cuando hizo el gesto de tocar, la puerta se abrió de repente. Era él.

Se miraron sorprendidos pero más lo estaba él. No se esperaba verla. Sintió que el alma le había regresado al cuerpo, sintió que todo tuvo sentido esta vez.

Ella quiso decirle algo pero no pudo, así que Jack se le adelantó.

-Pasa, pasa, por favor.

Aina le hizo caso y entró. De repente todos los recuerdos le vinieron encima y no pudo evitar sentirse un poco nostálgica. Siguió mirando y se fijó en unas maletas que no estaban muy lejos de la entrada.

-Sí… Estoy preparando todo para irme. Creo que ya llegó el momento.

-¿A dónde?

-Al sur. Creo que haré la prueba con un ambiente diferente… Aina… Yo.

-No quiero hablar de eso… No sé si estoy lista para hablar de ello.

Jack pensó en quedarse callado pero no quiso. Ella se había tomado la molestia de estar allí y quizás era señal de que quería respuestas.

-Aina, lo que hice no tiene nombre y menos por lo que hiciste por nosotros.

-No lo hice por ustedes, lo hice por mí…

-Aina… Todo esto cambió de repente para mí. Todo se volvió tan, tan diferente que no sé ni cómo explicarlo. Es la primera vez que me pasó algo así. Sí, no te miento, fue un juego para mí al principio pero las cosas tomaron un rumbo que no pensé… No imaginé… Y siendo sincero, ha sido lo mejor que me ha pasado. No lo cambio por nada.

Aina sintió que sus rodillas perdieron fuerza, sintió que no podía resistirse a esa mirada, a esa voz.

-Hice todo lo posible por odiarte, Jack. No tienes la mínima idea. Sin embargo, no pude sacarte de mi mente por más que hiciera el esfuerzo, por más que quisiera. Yo…

De repente él se acercó a ella y la miró fijamente. Ella comprendió que no podía luchar contra lo que estaba sintiendo ni el tampoco. Se miraron a los ojos y comenzaron a besarse. El calor invadió el cuerpo de ella, invadió su mente y su corazón. Se sintió de nuevo viva.

Sus brazos se apoyaron sobre esos deliciosos hombros y Jack de inmediato colocó sus manos sobre el cuello y el cabello de ella.

-Estás aquí porque eres mía y porque yo soy tuyo. Tú eres mi esclava desde que nos vimos la primera vez. Yo soy tu Dominante en ese instante. Eso lo sabes.

-Sí… Es así.

Le respondió apenas entre los gemidos, entre los besos.

-No puedo más… No puedo resistirme más. Es como si sintiera una fuerza que me atrae a ti.

-Entonces no luches más…

Volvió a tomarla con fuerza y sus lenguas se entrelazaron para morderse y lamerse. Aina sintió que su ropa caía al suelo lentamente. Miró a Jack a los ojos.

-¿Qué pasará después?

-Lo sabremos cuando llegue el momento, de resto, sólo vivamos el presente, vivamos el hecho de que eres mía y que siempre lo serás.

-Sí… Siempre… Mi señor.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Haz click aquí

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
— Comedia Erótica y Humor —

J * did@ - mente Erótica

BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario
— Romance Oscuro y Erótica —

La Celda de Cristal

Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso
— Romance Oscuro y Erótica —

"Bonus Track"

— Preview de "La Mujer Trofeo" —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *"Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén"*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente… y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. *"¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?"*, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo… Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonríe. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? –pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale –dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier –responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? –pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero –dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya –dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo –le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. –Doy un sorbo a mi cubata —. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos

hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions… Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y…

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.